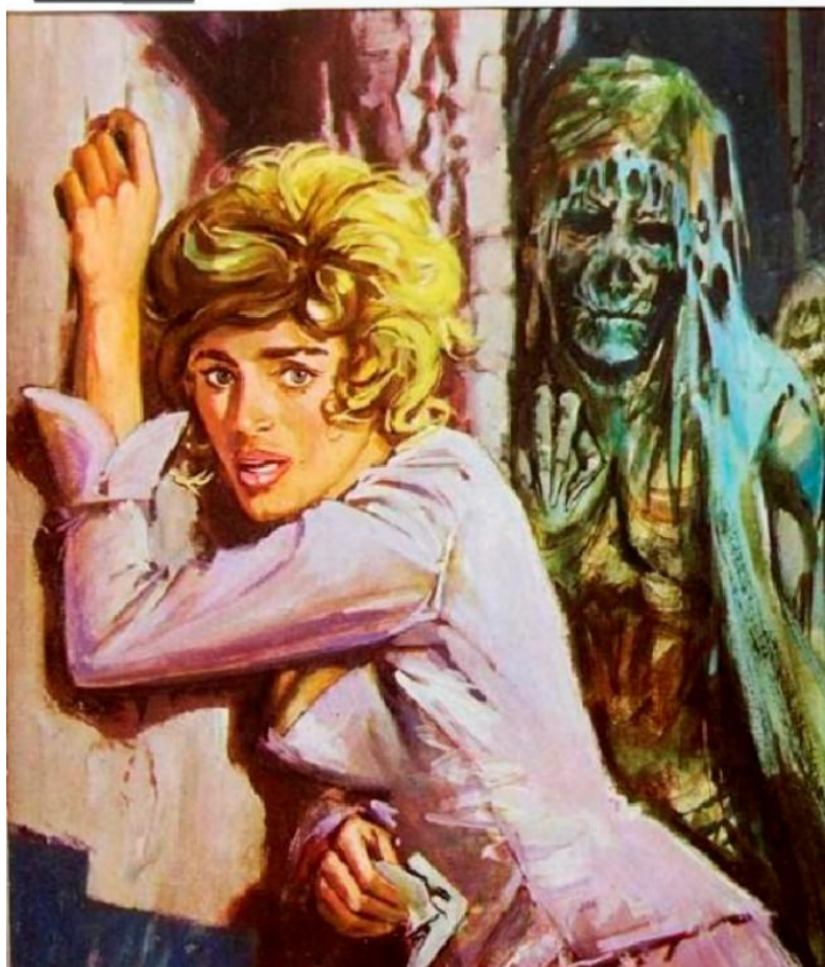


BOULEVARD BRUGUE RA
PUNTO
ROJO

la noche de los monstruos

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

LA NOCHE DE LOS MONSTRUOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 773
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 52.265 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición en esta colección: febrero, 1977

© Keith Luger - 1966

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283. — La historia de Bill el Melenas

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.380. — Así mueren los espías

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

967. — El Oeste en llamas

En Colección SALVAJE TEXAS:

729. — La venganza

En Colección KANSAS:

657. — Mala hierba nunca muere

En Colección BRAVO OESTE:

581. — Tres hombres van a morir

En Colección PUNTO ROJO:

771. — Guillotina para mi cliente

En Colección CALIFORNIA:

752. — La historia de Buby el Llorón

En Colección ASES DEL OESTE:

925. — La rubia o la vida

En Colección COLORADO:

610. — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

370. — Último día para un *sheriff*

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82. — La chica del rifle de oro

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

5. — Asesino Murray

CAPÍTULO PRIMERO

Tres mujeres y dos hombres salieron de la «Taberna del Holandés», en París.

Ellos estaban borrachos.

—Hasta mañana —dijo una de las muchachas.

—Eh, Nicole, ¿es que te vas a ir? —preguntó una rubia.

—Ya sois bastantes —contestó la llamada Nicole—. Y me duele la cabeza... Quiero llegar pronto a casa.

Uno de los borrachos tomó a Nicole por el brazo.

—Eh, tú no te vas.

—¡Suéltame!

—Me gustas un rato, Nicole... Y te dije que tú y yo nos íbamos a divertir esta noche.

—Lo siento, marinero, pero yo no podría ser ninguna diversión para ti.

—¿Es que estás triste?

—Sí, lo estoy.

La rubia se echó a reír.

—Nicole perdió a su hombre. Es una ingenua, ¿sabes?... Le he dicho un millón de veces que una mujer como nosotras no se debe enamorar, pero ella no me hizo ningún caso.

—Está bien —dijo el marinero que había tomado a Nicole por el brazo—. ¡Ya basta de sermones!... Yo sustituiré a tu hombre, Nicole, y prometo hacerlo muy bien.

Rió a grandes carcajadas sus palabras y su compañero se le echó encima y lo abrazó.

Nicole quedó libre unos instantes y aprovechó aquel momento para echar a andar muy rápida.

El marinero que quería convertirla en su pareja trató de librarse de su amigo, pero éste lo siguió sujetando mientras decía:

—Deja a esa presumida... Me aburren las personas que no dicen

nada. ¿Le viste abrir la boca ahí dentro?... Vámonos con estas dos, Ralph.

Ralph titubeó unos instantes mirando la callejuela por dónde había desaparecido Nicole, tragada por la niebla que desde horas antes se estaba apoderando de aquel sector del Sena.

—De acuerdo. Que se vaya al diablo —dijo.

Nicole oyó las últimas palabras y dio un suspiro de alivio.

Ya no necesitaba caminar tan deprisa y aflojó el paso.

Se había librado de una compañía desagradable.

No, ella no estaba hecha para aquella clase de diversión.

René la había abandonado.

Y ella sabía que sería para siempre.

Después de todo, Eva tenía razón. Se había enamorado demasiadas veces. ¿Cuántas? Ya había perdido la cuenta.

Primero se enamoró de aquel molinero, en su pueblo, un millón de años atrás. ¿Un millón, o sólo habrían pasado ocho o doce años? ¿Qué importaba eso ahora?

Lo cierto era que René había sustituido al molinero y a aquel agente de seguros, y al mecánico del taller de Grenoble...

¿Qué pasaría ahora?

Nada. No ocurriría nada.

Estaba otra vez sola y, según Eva, sería por muy poco tiempo porque, pasados unos días, se volvería a enamorar de otro hombre.

¡Qué absurdo! Ella no podía querer a nadie más que a René. Estaba segura de que ninguno de los hombres que había conocido hasta entonces se podía comparar con él.

Estaba cruzando junto a un callejón donde vivía aquel zapatero, del que ella era cliente, cuando oyó una voz.

—Nicole...

Se detuvo sintiendo un estremecimiento.

Era la voz de René.

No podía tener la menor duda de ello porque la había oído muchas veces.

Vio una forma oscura en el callejón.

—René —dijo.

—Nicole, ven...

Ella ya no quiso esperar más. ¡Era él! El hombre a quién amaba.

Echó a correr sintiendo que el corazón le golpeaba contra las

costillas.

Aquella figura estaba junto a la pared.

Ella se detuvo con cierta aprensión al verlo de espaldas. Portaba una capa y un capuchón.

—René, ¿qué haces ahí? ¿Qué te pasa?... ¿Por qué no viniste a buscarme?

No recibió respuesta.

Mientras tanto, Nicole había recuperado la respiración.

—¿Es que no me oyes, René?

Alargó una mano y la puso en el brazo de él.

—René, sabía que no me abandonarías... Me dijiste cosas horribles. Que estabas cansado de mí, que ya no me querías ver... Supuse que, pasadas unas horas, te arrepentirías. Pero no has debido esperarme aquí. René, tú no sabes lo desesperada que me sentí.

—¿De veras?

—Ahora me he dado cuenta de lo que significas para mí... No puedo perderte... René, nunca me sentí tan sola desde que te fuiste. Por fortuna, ahora te tengo a mi lado... Abrázame, René. Por favor, lo necesito...

Ella se echó sobre él y le apretó la cara contra la espalda.

Él se retiró unas pulgadas y empezó a volverse.

Nicole sonreía anhelante.

Por fin, la cabeza encapuchada terminó de volverse.

Nicole vio su cara y tuvo la impresión de que la sangre se helaba en sus venas.

No, no era René.

Ni siquiera podía decir que se trataba de un ser humano.

La cara que tenía ante sus ojos era monstruosa. Llena de arrugas. Un rostro mutilado como si hubiese sido devorado por una extraña enfermedad, o quizá por el fuego.

—Querida, ¿qué te pasa? Soy René.

—¡No!... ¡Usted no es René!

—Me pediste que te besase, que te abrazase...

Nicole desorbitó los ojos.

Abrió la boca para lanzar un grito.

Aquel hombre la tenía atrapada por la cintura.

—¡Suélteme!...

—Soy tu René.

—¡No, no lo es!... Por favor, déjeme... Estoy enferma... Se lo juro... Estoy muy enferma...

Pero aquel extraño no la soltó. Todo lo contrario, la apretó contra sí.

—Nicole... Tú y yo podemos ser felices... Todo en este mundo es cuestión del pensamiento... Sólo tienes que hacer un pequeño esfuerzo y llegarás a la conclusión de que puedo ser tu René...

—Está loco. ¿De qué habla?

—Repíteme una y otra vez que soy tu René.

—¡Eso es imposible!... ¡No es René!... ¡No lo es!...

—Yo te quiero más que él... René te abandonó... Nicole fue a gritar pidiendo auxilio, pero aquel hombre le puso la mano en la boca.

Ella se sintió más horrorizada que nunca al sentir aquellas manos en sus labios.

Era una mano tan deforme como su rostro. Una mano que parecía hecha con pegotes de arcilla.

La otra mano de aquel hombre aferró el cuello de Nicole.

—Por favor... ¿Qué va a hacer?

—No me quieres amar, Nicole... Es lo único que yo pedía... Amor... Tú has elegido...

—¿Qué va a hacer?

—Matarte.

—¡Oh, no!... ¡Por favor, no lo haga!...

—Eres sólo una desgraciada... Tu René te abandonó y he querido ocupar su lugar porque siento una gran lástima por ti... Pero tú no me quieres... Sólo recuerdas a René...

Ahora las dos manos coincidieron en el cuello femenino.

Apretaron.

La joven sintió que el aire huía de sus pulmones.

Trató de desprenderse de aquellos dedos que ahora eran como garfios.

Miró otra vez la cara de aquel hombre y le pareció más espantosa.

Deseó morir. Sí, lo pidió para no ver más aquel rostro.

Todo empezó a dar vueltas, a girar a su alrededor.

Supo que aquello era el fin, la muerte.

CAPÍTULO II

—Es la tercera mujer que muere así en tres meses —dijo Jean Clancier, inspector de la Policía Judicial.

Su compañero, también inspector, Gilbert Dotourd, sacudió la cabeza.

—Y esa Nicole Roland echa por tierra todas nuestras hipótesis —repuso—. La primera mujer, Jean Rennes, fue estrangulada la noche de un lunes... A la segunda, Brigitte Crauchet, le sucedió lo mismo la noche de un martes... La tercera tenía que haber sido asesinada la noche de un miércoles. Pero ayer era viernes.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el comisario André Hougron.

Era el jefe.

—He oído lo último que acabáis de decir —sonrió irónico—, y os felicito por vuestra sagacidad... Ya sabemos que el estrangulador no guarda un orden con respecto a sus víctimas...

—Perdón, comisario —dijo el inspector Jean Clancier, que se obstinaba siempre en hacer méritos ante sus superiores—. Existe un orden.

—¿De verdad lo crees así?

—Las tres víctimas eran busconas.

—Estupendo, inspector Clancier... Has logrado dar con algo maravilloso que había escapado a mi inteligencia.

—Lo siento, comisario, pero no quise decir eso —carraspeó Clancier—. Ya sé que usted lo habrá tenido en cuenta.

—¿Y qué es lo que propones, inspector? —Cabeceó el comisario—. ¿Quizá que protejamos a todas las mujeres de vida fácil de París?...

Clancier se quedó con la boca abierta y su compañero, el inspector Dotourd, acudió en su ayuda.

—No, inspector, no podemos hacer eso, porque no hay bastantes

policías.

—Gracias, Gilbert, también tú me sacas de un apuro.

A Dotourd se le colorearon las mejillas.

Fue a decir algo, pero finalmente chascó la lengua y quedó en silencio.

El comisario Hougron se sentó tras de la mesa.

Sacó un caramelo de limón del bolsillo de la chaqueta y se puso a quitarle el papel.

Le gustaban los caramelos de limón. Siempre llevaba en su bolsillo una buena provisión.

Los dos inspectores conocían la costumbre del jefe. Había echado mano a los caramelos para apartarse del tabaco. Pero lo gracioso del caso era que el comisario había conseguido eliminar los cigarrillos desde hacía unos cuantos años.

Hougron se metió el caramelo en la boca y lo paladeó mientras dejaba errar la mirada por la estancia.

El inspector Clancier tosió.

—¿Puedo hablar, comisario?

—Desde luego.

—He hablado con una amiga mía... Se llama Edith Perrot. Ella está dispuesta...

—No continúes, Jean. Sé lo que quieres decir. Tu amiga Edith Perrot se vestirá como una de esas mujeres, y se pondrá a pasear una noche tras otra por las callejuelas que ellas acostumbran a frecuentar.

—Sí —contestó débilmente Jean.

—Y claro. Tú la vigilarás.

—Nos podemos turnar...

—Podían pasar meses, o años, antes de que el asesino se dedicase a Edith Perrot. Hay mucha competencia entre esa clase de muchachas...

—Sin embargo, me permito decirle que en Londres dio resultado. Puedo citarle varios casos... Podríamos probar. No cuesta nada.

—No, Jean. En el supuesto caso de que el asesino eligiese a Edith Perrot, lo más probable es que la estrangulase y, entonces, no me quedaría más remedio que presentar la dimisión.

—Pero yo la vigilaré, comisario...

—¿A todas horas? No digas tonterías. Eso sería imposible... Además, el argumento verdaderamente válido es el que te cité en primer lugar... ¿Está ahí René Lefèvre?...

—Sí... Claude lo está interrogando.

—Que venga Claude.

Jean emitió un gruñido de asentimiento y fue a la habitación adyacente.

Al cabo de unos instantes, entró Claude de Hamon, otro de los inspectores al servicio del comisario.

—¿Qué te ha contado René? —preguntó Hougron.

—Estaba con una viuda... La señora Marsac... En la casa de ella... Dejó a Nicole por la viuda. Ella perdió a su marido hace seis meses... Le dejó una buena fortuna. La señora Marsac tiene quince años más que René. Se disponían a salir hoy de viaje... Iban a Italia. Ya sabe, algo así como un viaje de bodas, aunque desde luego no se casaban... René llegó a casa de la señora Marsac a las siete de la tarde y, pasó con ella la noche... He comprobado que no ha mentido.

—¿Le has hecho firmar su declaración?

—Sí, desde luego.

—Está bien. Tráelo.

René Lefèvre era un hombre de unos veintiocho años, alto, guapo de cabello muy negro, ensortijado. Se cubría con una chaqueta de cuero.

—Eh, comisario. Yo no he hecho nada... —empezó a decir—. Siento mucho lo de Nicole. La conocía, ¿sabe? Bueno, he sido novio de ella durante algún tiempo. Muy poco, se lo aseguro. Sólo dos o tres semanas. La chica era simpática... Pero lo echó a perder... Creyó que yo me iba a casar con ella. Imagínese. Con una mujer como ella...

El comisario dio un suspiro.

Conocía a los tipos como René Lefèvre.

Nunca pensaban en trabajar. Hacían explotación de su físico y, casi siempre, las víctimas tenían que ser las mujeres como Nicole. Ahora, al parecer, había tenido más suerte. Una rica viuda se había prendado de él.

—Ya se lo he contado todo, comisario. ¿Me puedo marchar?

—Todavía no.

—¿Qué quiere saber?... Le juro que no la maté... Se lo juro por mi madre.

—Deja a tu madre tranquila.

—Está bien, se lo juro por mis dos hermanos.

—¡Cállate!

—Sí, señor, me callaré. Pero yo no tuve nada que ver con eso... Estaba con la viuda.

El comisario le dirigió una dura mirada y René cerró la boca.

—¿Quién ha podido matar a Nicole?

—No lo sé. Se lo juro... Perdón, ya sé que no quiere que jure...

—Imagino que Nicole te habló de los hombres que ha habido en su vida.

—Muy poco, casi nada... Nombró a un agente de seguros.

—¿Conoces su nombre?

—Armand.

—¿Qué más?

René se mordió el labio inferior mientras miraba el techo.

—Ya lo tengo —sonrió— Armand Effel.

El comisario miró al inspector Dotourd y éste salió de la habitación.

—¿De qué otros hombres te habló, René? —preguntó el comisario.

—No recuerdo a ningún otro en particular, aparte de Armand Effel... Usted ya sabe cómo son esa clase de chicas. A veces hablan de hombres. Tienen que hablar de algo, y los hombres es lo suyo...

El comisario se apretó el puente de la nariz. Sí, el negocio de las mujeres como Nicole eran los hombres, y el de los hombres como René eran las mujeres. Aquello no era ningún rompecabezas. Todo era tan claro como el agua.

—Puedes marcharte, René. Pero si recuerdas algo en particular, ponte en contacto con nosotros.

—Desde luego, comisario. Ya sabe que cuenta con mi colaboración.

—No salgas del país.

—¿Eh?... ¡Eso sí que no lo puedo hacer!... Tengo que marcharme a Italia. Los billetes ya están sacados.

—Cancela tu viaje.

—Pero eso no puede ser, comisario...

—Tendrá que ser.

—La viuda y yo... —René se interrumpió—. Está bien, comisario, como usted quiera, me quedaré en París, pero al menos me dirá usted cuánto tiempo.

—Unos días.

—¿No sabe cuántos?

—Cuatro, seis, ya te diré el día que puedes marchar.

—Pero ya le he dicho que no tengo nada que ver con la muerte de Nicole.

—Sí, y también lo juraste. No lo repitas... Anda, márchate.

René dijo algo por lo bajo, pero finalmente dio media vuelta y salió de la estancia.

El inspector Clancier soltó una risita.

—Ya lo ve, comisario, unos tienen que trabajar mucho para vivir, y otros, como éste, lo tienen todo hecho.

—¿Te cambiarías por él?

—Oh, no, comisario.

—Entonces, no envidies su suerte.

En aquel momento sonó el teléfono.

El comisario frunció el ceño.

—Contesta tú, lean...

—Debe ser el juez Bonot. Llamó tres veces antes de que usted llegase. Olvidé decírselo... Parecía bastante irritado.

El comisario descolgó el micro.

—Diga.

—Comisario Hougron... Ponerse en contacto con usted resulta bastante difícil... Cualquiera diría que estamos separados por un océano.

—Lo siento, juez, pero hasta ahora me fue imposible hablar con usted.

—Bien, ya está hablando... ¿Qué conclusiones ha sacado?

—Ninguna.

—¿Ninguna?

—Así es, señor juez.

—Pero ¿cómo me dice eso? Son tres las víctimas... Tres mujeres que han muerto de la misma forma... Estranguladas.

El comisario tomó un bolígrafo y trazó un círculo grande y sobre él otro más reducido, mientras dejaba que el juez se desahogase. No

debía interrumpirle ahora. Conocía bien al juez Bonot. Tenía para rato. Oyó una vez más todo aquello de la opinión pública, del pánico que podría ocasionar el estrangulador de mujeres, de los deberes de su cargo en la Magistratura...

—¿Me oye bien, comisario Hougron?...

No había prestado mucha atención a las palabras del juez, pero le dijo que sí, que le había escuchado atentamente.

—Señor comisario... —dijo el juez con voz más grave—. Las cosas no pueden seguir así.

—Aquí hacemos lo que podemos.

—A mí no me basta, señor comisario... Es necesario capturar a esa peligrosa fiera, a ese criminal, a ese loco...

—Pondremos todo nuestro esfuerzo.

—Ha dicho usted lo mismo las dos veces anteriores.

—Sí, señor juez. Le dije lo mismo porque no dejamos de trabajar... Tenemos tanto interés como usted en descubrir al asesino —dijo aquellas palabras con cierta energía—. ¿No quiere nada más de mí, señor Bonot?

—Sí, señor comisario, quiero toda la información con respecto a la muerte de Nicole Roland.

—Se la enviaré.

—No, no quiero que me la envíe, deseo que me la traiga usted, si no es mucho pedir que cruce un patio y un corredor para llegar a mi despacho.

—Está bien, señor juez, iré yo.

Colgó el teléfono y recogió una carpeta que estaba sobre su mesa.

—Sigue de mal humor, ¿eh, jefe? —dijo Jean Clancier.

El comisario se encogió de hombros y abandonó despacho.

Poco después, se encontraba en presencia del juez Bonot. Un hombre de unos cincuenta y cinco años, de cabello blanco y gesto avinagrado.

El comisario le pasó la carpeta correspondiente al caso de Nicole Roland.

El juez leyó los papeles, pero había muy pocos; el informe del forense, la declaración del barrendero que había encontrado el cadáver en el callejón, de las últimas personas que habían hablado con Nicole...

—¿Eso es todo?

—Sí, señor juez. No tenemos nada más por ahora.

El juez cerró la carpeta con un gesto y la entregó al comisario Hougron.

—No puedo felicitarle por su trabajo, comisario.

—Le comprendo.

—¿Hasta cuándo va a durar esto?

—No lo sé.

—Debería saberlo. No podemos permitir que ese hombre mate a diez, a doce, a catorce mujeres más antes de que le echemos mano.

—Supongo que no podemos.

—No basta con que lo suponga, comisario. Yo tengo mis responsabilidades.

—Yo también las tengo, señor juez.

Hougron se había prometido no reñir con el juez Bonot, pero le estaba resultando imposible.

Maurice Bonot lo estaba mirando con la nariz arrugada.

—Si usted está harto de este trabajo, puede pedir el relevo.

—Yo no estoy cansado de este trabajo.

—Todos somos humanos y nuestra resistencia tiene unos límites.

—Me encuentro perfectamente, juez Bonot. ¿Quiere algo más de mí?

Antes de que el juez pudiese contestarle, el comisario dio media vuelta y salió muy aprisa de la habitación.

Jean Clancier lo vio entrar de nuevo en el despacho.

—¿Ocurre algo, jefe?

—Sí, sucede que ese juez me sacó de mis casillas y cualquier día de éstos le voy a dar su merecido.

—Lo necesita, jefe.

Dotourd entró en la sala.

—Señor comisario, no hay nada que hacer con Armand Effel... Sufrió un accidente de automóvil hace un mes. Está en un hospital de Lyon... Y no pudo moverse de la cama porque tiene rotas siete costillas, las dos piernas, y una clavícula.

—Esto se parece cada vez a un callejón sin salida —comentó el comisario.

—Fuera hay cuatro periodistas y dos fotógrafos. Quieren hablar con usted. Ya les he dicho que no tiene nada que decir... Pero no se

van.

—Está bien. Diles que pueden pasar.

—Pero ¿los va a recibir?

—Te he dicho que sí.

El inspector Dotourd salió y poco después entró precediendo a los periodistas.

—¿Puedo hacerle una fotografía, comisario? —dijo uno.

—Sería mejor que la reservase para Brigitte Bardot.

—Eh, oiga, eso resultó gracioso...

El más veterano de los periodistas que estaban allí, Gerard Rochelle, era muy bueno en su profesión, pero había recorrido casi todas las redacciones de los diarios de París debido a su vicio por todos conocido, la bebida.

Ahora trabajaba para un semanario especializado en los escándalos.

—Señor comisario —dijo Gerard—. ¿Qué me dice de nuestro Jack «El Destripador»? ¿Cree que mejorará el modelo inglés?

Sus compañeros acogieron aquellas palabras con risitas.

El comisario también sonrió.

—El nuestro superaría al inglés si se ocupase de vez en cuando de un periodista y no de mujeres fáciles.

Ahora las carcajadas atronaron el despacho.

Sin embargo, Gerard Rochelle no perdió la calma. Estaba acostumbrado a oír denuestos y a sufrir algún quebranto físico debido a sus osadías profesionales.

—Bueno —repuso—. Hay una cosa en la que les llevamos ventaja. Nuestro Jack no destripa a sus víctimas. Las estrangula. Eso supone una delicadeza por su parte. Dicen que las manos han sido hechas para acariciar y, es lo que hace nuestro criminal, sólo que debe ser un hombre con mucha fuerza, y, sin quererlo, pone demasiado cariño en sus dedos.

—¿Ya terminó con su sarcasmo, Rochelle?

—Sí, comisario. Empiece usted con los suyos.

—Lo que le voy a decir no es nada sarcástico...

—Estupendo.

—La situación es grave... Por favor, no me interrumpan... Son tres ya las víctimas... Y, tal como están las cosas, quizá haya una cuarta. Pero mis inspectores y yo estamos trabajando para evitar un

nuevo asesinato. Tenemos una pista y creemos que es buena. Quizá en un plazo breve pueda informarles a ustedes con más detalles... Por ahora, eso es todo...

Hubo exclamaciones por parte de los periodistas.

Rochelle hizo callar a sus colegas.

—Comisario —dijo—. Háblenos de esa pista.

—No puedo. De lo contrario, pondríamos en guardia al criminal... Y ahora, caballeros, buenos días.

El comisario notó que Rochelle no había quedado satisfecho con su declaración.

Por fortuna, Dotourd se hizo cargo de la situación y empezó a empujar a los periodistas hacia la puerta.

Todos fueron saliendo.

Cuando el comisario se encontró a solas con sus inspectores, Dotourd preguntó:

—¿Cree que Rochelle creyó lo de la pista?

—Me importa un rábano que lo haya creído o no.

En aquel momento abrieron la puerta.

Era el agente Roger Clair.

—Comisario, una mujer quiere verle... Dice que es urgente, y que lo que tiene que decir está relacionado con el caso de las tres mujeres estranguladas.

—¿Cómo es ella?

—Se llama Marie Malotti, confiesa cincuenta años, aunque yo creo que tiene unos cuantos más... Pequeña, y bastante fea...

—¿La han visto los periodistas?

—No, señor, los vi en el corredor y decidí esperar a que ellos se marchasen.

—Bien hecho, Roger. Tráela aquí, pero asegúrate antes de que no ha quedado ningún periodista.

El agente salió de la habitación.

Poco después apareció la mujer que decía llamarse Marie Malotti.

Roger la había juzgado bien al decir que era fea. Tenía grandes ojeras y una pequeña cicatriz en la frente, justo entre las dos cejas.

—¿Quién de ustedes es el comisario?

—Soy yo —contestó Hougron.

—Comisario —dijo—, yo sé dónde puede encontrar al asesino...

A ese estrangulador...

CAPÍTULO III

En el despacho del comisario se había hecho un silencio.

El inspector Jean Clancier estiró el cuello y Dotourd dio un paso hacia la mujer, pero ambos quedaron otra vez inmóviles al ver la mirada que les dirigía el comisario.

—¿Su nombre es Marie Malotti? —preguntó Hougron.

—Sí.

—¿Casada?

—Viuda, señor.

Dotourd y Clancier cambiaron una mirada. Sabían por dónde iba el comisario. A veces se presentaban personas perturbadas, deseosas de colaborar con la policía, pero cuyas ideas o sugerencias tenían que ser rechazadas de inmediato. Estaban también los pretenciosos, los que querían ganarse un poco de publicidad. En aquel caso de los estrangulamientos, cuando ocurrió el primero, se había presentado un tipo llamado Francois Daniel, diciendo que él había acabado con Jean Rennes, la primera víctima. Pero luego se demostró que Francois ni siquiera había conocido a Jean Rennes.

—¿A qué se dedica, Marie? —preguntó el comisario.

—Soy mujer de limpieza.

—¿Dónde trabaja?

—En la casa en dónde está el asesino...

—¿Dónde es eso?

—En una clínica. Bueno, creo que ellos le llaman de otra forma.

—¿Cómo la llaman ellos?

—Instituto Experimental o algo así... Luego, viene una palabra rara, siempre se me olvida... Hacen cosas que a mí no me gustan.

—¿Qué cosas?

—¿Cree que es bonito hacer pedazos un cuerpo humano y trabajar con los trozos como si fuesen cualquier cosa?

—Con que eso hacen, ¿eh?... ¿Y quiénes son ellos?

—Los doctores.

—¿Cuántos doctores hay en ese Instituto Experimental?

—Seis. Son cuatro hombres y dos mujeres.

—¿Dónde está el Instituto?

—En la calle Mercier...

—Instituto Experimental de Biología —dijo el comisario.

—Así es como se llama.

El comisario sacó un caramelo del bolsillo.

Nunca había visitado el Instituto Experimental de la calle Mercier. Algunas veces se había dicho que debía darse una vuelta por allí porque le convenía en su profesión. Pero lo había ido demorando.

—Marie, dice usted que el asesino está en esa casa.

—Sí, señor comisario.

—Está bien, dígame quién es.

—Lo siento, pero no puedo decírselo —contestó Marie Malotti bajando la mirada al suelo.

—¿Por qué no?

—Es que no lo sé... —alzó otra vez los ojos—. Pero es uno de ellos... Estoy segura. Lo oí bien... Yo estaba haciendo la limpieza cuando oí su voz a través de la puerta...

—¿Qué es lo que oyó?

—Él estaba diciendo: «He matado ya a dos... Y ahora le toca a Nicole...». Yo continué mi trabajo porque no le di importancia... Verá, allí también trabajan con ratones, machos y hembras, y con conejillos de indias, y con otros bichos... A algunos les dan nombres. Por ejemplo, uno se llama Jean, o Nicole, o Richard... Pero al salir de mi casa compré el periódico como todos los días, y leí la muerte de esa mujer, Entonces, me vino a la memoria lo que yo había escuchado...

Los inspectores Glancier y Dotourd relajaron el cuerpo.

Aquella hipotética pista se había desvanecido, como otras.

El comisario dijo:

—¿De dónde salió esa voz, Marie?

—Del laboratorio general... Bueno, debo explicarle que cada doctor tiene un laboratorio particular, y luego está el general, en el que puede trabajar cualquiera de ellos... Hacen análisis y otras cosas... Yo estaba lavando el corredor y, al cabo de un rato, entré

en el laboratorio general. Pero allí ya no había nadie. Esa sala tiene otras dos puertas que dan a otra ala del edificio...

El comisario sacó otro caramelo.

—¿Quiere, Marie?

—No, gracias. No me gustan los caramelos...

El comisario lo guardó en el bolsillo y luego dijo:

—Marie, pudo tratarse de una coincidencia... Usted misma lo ha dicho. Ellos dan nombres de personas a los animales... Quiero decir, que alguno de los doctores iba a matar a un ejemplar de experimentación, a una hembra a la que había puesto el nombre de Nicole.

—¿Usted cree eso?

—¿No lo ha pensado usted?

—Sí, lo pensé, pero me he dicho que se tenía que referir a los tres asesinatos porque ellos son gente muy extraña. Bueno, sólo hay una de las dos mujeres que es una persona normal...

—¿Quién?

—La doctora Catherine Vanel...

—¿Por qué cree que los otros no son normales?...

—Si usted los conociese, pensaría lo mismo que yo... Son gente muy insociable... Apenas hablan con los demás. Siempre parece que están de mal humor... Y tienen muchas rarezas...

—Usted dice que oyó esa voz referirse a que iba a matar a Nicole. ¿No ha pensado en esa voz después para saber la persona que había pronunciado tales palabras?

—Sí, lo he meditado mucho desde que esta mañana leí el diario pero, sinceramente, no quiero causar daño a ningún inocente.

—Eso quiere decir que piensa en alguien en particular.

Marie Malotti dejó pasar unos segundos y, finalmente, sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Diga el nombre, Marie.

—Si usted me lo ordena, se lo diré.

—Se lo ordeno.

—He pensado que era el doctor Henri Vanderen, el director del Instituto, pero le repito que no estoy muy segura...

—Imagino que el doctor Vanderen es la persona que peor la trata a usted.

—¿Por qué dice eso?

—¿No es verdad?

Marie Malotti se mordió el labio inferior. Otra vez asintió con la cabeza.

—Sí, comisario. Es un hombre insoportable... Me riñe por cualquier cosa... Me ha hecho llorar varias veces. Es un hombre cruel... Se lo aseguro, comisario... No siente la menor piedad por los seres humanos... Yo me digo que eso se debe a su trato con los animales, y también a sus experimentos con los cadáveres... Seguramente, esos trabajos le endurecieron el corazón...

—Si le hacen pasar tan malos ratos, ¿por qué sigue allí, Marie? Podía encontrar trabajo en otra parte. Hoy día las mujeres de la limpieza andan escasas...

—Me pagan bien. Y bueno, hay otra cosa... Una se acostumbra a cierta clase de personas.

—¿A quién se refiere concretamente?

Marie Malotti se encontró otra vez azorada.

—El conserje... Creo que le resulto simpática... Es un viudo... Bueno, usted ya entiende lo que son esas cosas.

—Comprendo. ¿Le habló ya de casamiento?

—Todavía no, pero quizá se anime muy pronto.

—¿Cuál es el nombre del conserje?

—Marc Dupé.

—Bien, Marie, ahora quiero que me diga usted los nombres de todas las personas que trabajan en ese Instituto...

El comisario fue escribiendo en un papel los nombres que Marie Malotti le dictaba. Había cuatro doctores, Henry Vanderen, Alfred Monjou, Michael Barratier y Joseph Limat. Las doctoras eran Catherine Vanel y Helene Dasté.

—¿Irás usted por allí, comisario?

—Sí, les haré una visita. Pero le pido una cosa.

—Diga, comisario.

—No hable de esto con nadie, Marie. Podría resultar peligroso.

—No se preocupe, comisario, no hablaré con nadie...

—Justificaré mi visita de alguna forma, pero no la mezclaré en ello. Recuerde, cuando me presente allí, usted no me conoce, ni ha visto a mis subordinados.

—Sí, señor comisario. Será mejor que me vaya... Llegaré con una hora y media de retraso. Yo también voy a inventar una

excusa... Y ya puede estar seguro de que el doctor Vanderen me armará una buena...

El comisario se levantó.

—Puede marcharse, Marie.

—Gracias por todo, comisario.

La mujer sonrió y Clancier le abrió la puerta para que saliese.

Cuando Hougron quedó a solas con sus subordinados, los miró a la cara y vio dibujado en ellas el aburrimiento.

—Sí, ya sé que no resultará, pero ¿qué queréis que haga? Siempre he sido partidario de estudiar todas las posibilidades... Vamos, en marcha... Quiero echar un vistazo a ese Instituto...

CAPÍTULO IV

El doctor Henri Vanderen era un hombre pequeño, calvo, de ojos verdes, defendidos con lentes de alta graduación.

El comisario había entrado sólo en el Instituto Experimental.

En el camino decidió que Clancier y Dotourd permaneciesen en el auto, esperándolo.

—Comisario Hougron —dijo el doctor cuando su visitante se presentó—. Lo conozco. He leído muchas cosas acerca de usted. Es un buen policía.

—Gracias.

Estaban en el despacho de la dirección.

El doctor Vanderen invitó al comisario a que se sentase en un sillón de cuero de color marrón.

—¿Cuál es el objeto de su visita, señor comisario?

—Usted tendrá noticias del caso que investigo actualmente.

—Desde luego... aparecieron dos mujeres estranguladas. Mujeres de vida fácil...

—Por lo que veo, no leyó los diarios de la mañana.

—No. Esta noche la pasé en el Instituto. Estuve realzando un experimento que necesitaba mi presencia personal. ¿Quiere decir que hay una tercera víctima?

—Sí, doctor Vanderen.

—¿Una mujer de la vida?

—También.

—Es terrible. Esa clase de mujeres siempre me ha inspirado lástima, comisario.

El policía recordó las palabras de Marie con respecto a que el doctor Vanderen no sentía ninguna piedad por sus semejantes.

—¿Qué puedo hacer por usted, comisario?

—Recibí una llamada anónima... Una voz de hombre. Dijo algo muy extraño... Que si yo quería captura al asesino debía de

encaminar mis pasos al Instituto Experimental de Biología de la calle Mercier.

El doctor Vanderen levantó la cabeza.

—¿Quién es ese canalla? Tengo derecho a saberlo, Le conmino a que me lo diga.

Su cara había enrojecido súbitamente. Estaba furioso. Sus ojos despedían chispas.

—Fue un anónimo.

—Comisario, ¿hace usted caso de los anónimos?

—No siempre.

—¿Quiere decir que piensa que este Instituto puede albergar a un asesino?

—Un criminal puede estar bajo cualquier techo, doctor. Y me asombra usted con su arrebato...

—Pero esos crímenes son los de un loco. Y le puede asegurar que aquí no trabaja ningún loco... Todos somos personas normales. Eso es obra de alguien que nos quiere hacer daño. De alguna persona vengativa que quizá alguno de nosotros hirió en sus sentimientos... No cabe otra explicación...

El comisario escuchaba en silencio.

—Señor Hougron, salgo responsable por todos mi colaboradores.

—A mí no me basta, señor director, y me gustaría que usted se diese cuenta.

El doctor Vanderen inspiró profundamente.

—Sí, me hago cargo —tabaleó sobre la mesa con los dedos de la mano izquierda—. Pero usted no va a realizar ningún interrogatorio.

—No, de momento, no. Creo que bastará con que usted me hable de las personas que están bajo sus órdenes.

—Imagino que querrá que empiece por mí mismo.

—Como usted quiera.

—Muy bien, comisario. Tengo cincuenta y cinco años, y nací en Lyon... Soy casado y tengo dos hijos... Pero vivo solo con mi mujer. Mi hija Isabel se casó con un funcionario que reside en la isla Martinica. En cuanto a mi hijo Philip, trabaja en Bélgica, en una compañía electrónica... Ejercí la Medicina durante catorce años. Finalmente, la dejé para dedicarme a la investigación del cerebro humano... Gané una plaza por oposición en el Ministerio de la

Salud Pública, Sección de Investigaciones Biológicas... Vine aquí, a este Instituto en el año 58 y en el 63 fui nombrado director. Mis trabajos sobre el cerebro han sido publicados por las más importantes revistas del mundo dedicadas a la especialidad... Le prometo servirle una buena colección de ellas.

El comisario hizo un gesto negativo con la mano.

—No será necesario, doctor.

—Le puedo asegurar, señor Hougron, que no practico con seres humanos vivos.

Hougron emitió un gruñido para responder a aquella inconveniencia del doctor Vanderen.

—Hábleme de sus colaboradores.

—Empezaré por el de mayor edad... Es Alfred Monjou, tiene cincuenta y nueve años, soltero... Se ha especializado en la reproducción celular. ¿Sabe lo qué es?

—Tengo una idea. Pero puede usted documentarme.

—El doctor Monjou piensa que llegará un día en que si mi mano pierde un dedo, será posible reproducir ese dedo.

—Muy curioso.

—¿Es usted escéptico en materia científica, comisario?

Hougron se encogió de hombros.

—No, no creo que sea escéptico, sólo que ciertas cosas chocan con nuestra forma de pensar, con una tradición de siglos. ¿No le parece?

—Sí, le entiendo, comisario... Pero, el doctor Monjou es mucho más optimista que nosotros. Piensa que llegará algún día en que las células podrán ser reproducidas por nuestros conocimientos científicos... Emplea para su experimentación animales y... cadáveres... Creo recordar que en el caso de las dos mujeres estranguladas, sus cuerpos quedaron en el lugar del crimen.

—Sí, así fue. Lo mismo ha ocurrido con la tercera. En ninguna de ellas se ha observado nada anormal que abonase la idea de que experimentaran con ellas.

—Gracias por esa información, comisario. Me quita usted un peso de encima.

Al decir aquello, el comisario notó cierto tono de humor.

—Le hablaré ahora de Michael Barratier... Cuarenta y ocho años. Una verdadera lumbrera en los injertos humanos.

—¿Injertos humanos?

—Sí, comisario. En cierto modo, su trabajo se complementa con el del doctor Monjou, aunque parezcan rivalizar. El doctor Barratier opina que no hay necesidad de que se reproduzcan las células para que un ser humano recupere el miembro perdido. Basta con el injerto del miembro de otro cuerpo.

—Eso lo comprendo mejor. Ya es corriente lo de los injertos humanos, y, al parecer cada día se consigue un mayor éxito.

—Sí, comisario. El campo del doctor Barratier es más asequible a nuestro entendimiento.

—¿Es soltero como el doctor Monjou?

—Sí. El único casado soy yo... Queda Joseph Limat. Es el más joven... Veintiocho años. Entró a trabajar con nosotros el año pasado... Un hombre con un brillante porvenir... Su especialidad es poco conocida. Sólo ha empezado a desarrollarse en la última década, quiero decir de un modo científico. Trabaja en la investigación de las defensas de nuestro organismo contra toda clase de agresiones. Me explicaré, comisario. Se trata de un trabajo de una gran trascendencia. El doctor Limat y otros investigadores de los cinco continentes trabajan para conseguir que el ser humano se baste a sí mismo para combatir a toda clase de elementos provocadores de enfermedades. Según el doctor Limat, llegará un día en que no serán necesarios los médicos y las medicinas... El ser humano se bastará a sí mismo para impedir que se desencadene el ciclo de una enfermedad... Las células de nuestro organismo, como un verdadero ejército combatiente, pero dotado de nuevas armas, lucharán contra los invasores y, naturalmente, los exterminarán...

El doctor Vanderen hizo una pausa.

—Ahora sólo falta que le hable de las doctores Dasté y Vanel...

—Le escucho, doctor.

—Helene Dasté tiene treinta y cinco años y no resulta una mujer muy atractiva desde el punto de vista masculino. Es lo corriente en una mujer de ciencia. ¿Verdad, señor comisario?

Hougron contestó con un gesto afirmativo.

—Le aseguro que la doctora Dasté es muy eficiente, aunque tiene un defecto. Es la viva representación del sabio distraído. Ya ve, no podía faltar ese personaje, y resulta que en nuestro caso es una mujer... Está haciendo un estudio sobre los efectos de la

desnutrición en el feto. Un trabajo concienzudo. Ya ha obtenido algunos resultados. Pero no son los que ella quisiera... Es soltera, naturalmente... No creo que la doctora Dasté piense en los hombres, quiero decir como las demás mujeres...

El doctor Vanderen se echó a reír y luego agregó:

—Si la doctora Dasté se llegase a casar, creo que olvidaría presentarse en la iglesia el día de la boda... Le hablaré del polo opuesto de la doctora Dasté... Es Catherine Vanel... Una mujer llena de seducción y belleza. Sí, comisario, también nosotros tenemos a nuestra campeona... ¿No cree que también tenemos derecho?

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y entró una joven muy bonita y de maravilloso cuerpo que se cubría con una bata blanca.

—Perdón, doctor Vanderen —dijo—. Creí que estaba solo.

—Adelante, doctora Vanel.

CAPÍTULO V

La joven enarcó las cejas interrogativamente.

—Oh, disculpe, señorita Vanel —dijo el doctor Vanderen—, le presento al comisario André Hougron.

—¿El que se ocupa del caso de las tres mujeres estranguladas?

—Así es, señorita Vanel —repuso Hougron.

Catherine Vanel le sonrió mientras le tendía la mano.

—Celebro conocerle, comisario, y espero que capture pronto al asesino.

El doctor Vanderen intervino:

—El comisario cree que nosotros podemos servirle de ayuda. Bastará con que el asesino se entregue.

—No le entiendo, doctor Vanderen.

—El comisario recibió una llamada anónima indicándole que el asesino es uno de nosotros.

La joven abrió la boca, pero no expresó palabra alguna. Luego miró a Hougron.

—Comisario, usted no puede creer eso.

Hougron se rascó detrás de la oreja derecha.

—Verá, señorita Vanel. Sólo estoy haciendo una investigación de rutina...

El doctor Vanderen habló de nuevo.

—Justamente le iba a hablar al comisario de usted, doctora Vanel.

—¿De mí?

—Le estoy informando acerca de todo el personal del Instituto.

—Oh, sí, entiendo, y me había llegado el turno.

—Así es —convino el comisario.

La joven sonrió de nuevo.

—Entonces, si me permite, puedo informarle yo misma...

—Como guste, doctora Vanel.

—Tengo veintisiete años, y nací en Marsella... Quedé huérfana a los ocho años y se ocupó de mí mi tío Gaby que vivía en París... Después de hacer el bachillerato no supe qué camino tomar... Pero al fin, sentí la vocación. Sería investigadora. ¿Sabe cómo nació mi vocación?

—Dígamelo.

—Leyendo la biografía de *Madame Curie*. Qué gran mujer, ¿no le parece, comisario?

—Oh, sí, desde luego.

—Durante mi carrera, murió mi tío y me dejó heredera de una apreciable fortuna. Eso me facilitó una cierta independencia para llevar a cabo la misión que me había impuesto...

—¿Puedo preguntarle cuál es su especialidad?

—Desde luego, comisario... Desde que terminé mi carrera me cautivó algo muy poco estudiado... La reacción del ser humano ante las más diversas clases de emociones. Le aseguro que es un trabajo maravilloso.

El doctor Vanderen dijo:

—La doctora Vanel ha aportado grandes descubrimientos en el campo de su especialidad... Ha representado a nuestro país en un gran número de congresos...

—Gracias, doctor Vanderen —sonrió la joven—. Pero todavía estoy en los comienzos.

—¿Soltera? —preguntó el comisario.

—Sí, desde luego. Siempre he pensado conservar la independencia de que le hablé antes. Creo que el matrimonio es incompatible con el trabajo de una verdadera investigadora.

—¿Ya terminó de interrogar a la doctora Vanel, comisario? —preguntó el doctor Vanderen.

—Sí, y no quiero prolongar mi estancia aquí. Le quedo muy agradecido por su colaboración, doctor Vanderen... Gracias, doctora Vanel.

Cuando el comisario hubo salido, el doctor Vanderen dio un suspiro.

—Ya lo ve, doctora Vanel, ni siquiera nosotros estamos libres de sospecha.

—Es lógico.

—¿Lo considera así?

—Ya oyó al comisario... Estaba haciendo una investigación de rutina para despistar las dudas de ese anónimo.

—¿Quién habrá sido el miserable?

—No se canse en buscarlo. Ha podido ser cualquier persona. La más insospechada.

—Sí, desde luego. Tiene usted razón. Debo olvidarlo. Pero no crea que lo he sentido por mí. Es por ustedes, unas personas dedicadas a maravillosos trabajos científicos. Me duele verlas objeto de una investigación criminal...

—Doctor, sólo vine aquí para hacerle una pregunta.

—Muy bien, doctora Vanel, ¿de qué se trata?

—Mi pedido de conejillos de indias no llegó.

—No comprendo la demora. Tomé las precauciones como siempre.

—Oh, sí, desde luego. Ya lo supuse. Pero es que no puedo continuar mis experimentos si no tengo las cobayas.

—No se preocupe, doctora Vanel. Ahora mismo me ocuparé de eso.

—Muchas gracias, doctor.

La joven se dispuso a salir y en ese momento la puerta se abrió bruscamente y un hombre entró gritando.

—¡No lo puedo consentir, doctor Vanderen!

El que hablaba en un tono tan excitado era un hombre alto, de cabello y ojos negros.

—¿Qué le pasa, doctor Limat? —preguntó Vanderen.

—¡Esa mujer del infierno, me refiero a Marie Malotti!

—¿Qué le pasó con la mujer de la limpieza? —repuso Vanderen con voz muy grave.

—Es una torpe. Derribó la probeta donde yo estaba realizando mi último experimento. ¡Y necesité dos horas para hacer el compuesto químico!...

—Lo siento, doctor Limat. Usted ya sabe que la señora Malotti también me ha ocasionado a mi bastantes perjuicios.

—Entonces, ¿por qué la tiene aquí?

—He hablado varias veces con el administrador y le he hecho participe de mis quejas. Por lo visto, resulta difícil conseguir una mujer para la limpieza. El administrador me prometió que, en la primera oportunidad, solucionaría el problema.

—¡Ya debió hacerlo!... Si lo hubiese hecho, yo tendría mi compuesto en la probeta.

—Debemos de tener un poco de paciencia, doctor Limat.

El doctor fue a replicar de forma desabrida pero en aquel momento intervino Catherine Vanel.

—Doctor Limat, me contó hace unos días que usted había echado a perder dos compuestos químicos por no haber hecho las mezclas en las debidas proporciones.

—Sí, eso es cierto.

—Hágase cuenta de que esta vez también se equivocó.

El doctor Limat apretó los dientes rabiosos, dio medio vuelta y salió del despacho del doctor Vanderen pegando un portazo.

—Hablaré ahora mismo con el administrador —dijo Henri Vanderen, y se dispuso a tomar el auricular.

—Espere un momento, doctor.

—¿Qué ocurre, doctora Vanel?

—Yo no tengo nada contra Marie Malotti.

—Usted no, pero los demás no nos encontramos en la misma situación.

—Es normal que, de vez en cuando, haga algún estropicio.

—Me deja usted asombrado, doctora Vanel... Usted sabe que la señora Malotti no se ha limitado a romper un vaso, o a dejar caer una carpeta... ¡Estropeó un experimento, y no es la primera vez que lo hace!... Desgraciadamente, la señora Malotti ha sido un obstáculo con demasiada frecuencia, y yo voy a terminar con ella.

—Doctor, si lo oyese el comisario pensaría que es usted el hombre que estrangula a las mujeres.

—¿Cómo?

—Ha dicho que va a terminar con la señora Malotti.

El doctor Vanderen apartó la mano del teléfono.

—Era una forma de hablar, doctora Vanel. Me refería a despedirla de aquí... Única y exclusivamente a eso.

—Perdone, doctor, sólo traté de gastar una broma.

—Sí, comprendo. Pero ese asunto de los estrangulamientos es demasiado serio.

El doctor Vanderen hizo una pausa y agregó con sequedad:

—Ya le he dicho que me ocuparé de sus cobayas.

—Gracias, doctor.

La joven se dirigió hacia la puerta.

—Un momento, doctora Vanel...

Catherine giró de nuevo hacia el director y se quedó quieta.

El doctor Vanderen se pasó una mano por la cara.

—Debo disculparme, doctora Vanel.

—No tiene importancia.

—Sí, la tiene... No he debido tratarla así, pero tengo una disculpa. Ese comisario me puso furioso cuando se refirió a que en esta casa podría encontrarse el asesino.

—Me hago cargo, doctor.

La joven salió definitivamente del despacho.

Se dirigió por un corredor a su pequeño laboratorio, en donde realizaba sus experimentos.

Se abrió una puerta del corredor, a la izquierda y vio en el hueco al doctor Alfred Monjou.

—Eh, doctora, ¿puede venir?

—¿Qué pasa?

—Acabo de hacer un gran descubrimiento... Uno de mis animales experimentales ha reproducido un tercio de una pata... ¿Se da cuenta?... Es casi un milagro.

—¿Puedo verlo?

—Naturalmente, pase.

Catherine entró en el laboratorio del doctor Monjou, el cual corrió delante de ella hacia una larga mesa en donde habían jaulas que cobijaban a cobayas.

—Aquí está —dijo el doctor Monjou deteniéndose ante una de las jaulas.

La joven se inclinó para observar detenidamente al animal que había entre los barrotes.

Estaba cojo de una pata, pero en lo que antes era su muñón se veía aparecer un trozo de carne rosada.

—Doctor Monjou, ¿lo ha examinado detenidamente?

—Lo descubrí hace un momento. Casualmente no he observado a este ejemplar durante las últimas veinticuatro horas. Estaba dedicado a otros...

—Doctor, sería mucho mejor que lo examinase.

—¿Por qué dice eso? —Casi gritó Monjou.

—Para asegurarse, naturalmente.

—¿Cree que soy un farsante?

—Yo no he dicho eso.

El doctor Monjou respiró agitadamente.

—Claro que sí. Cree que la he traído aquí engañada. Ya entiendo. Supone que pretendo tomarla como testigo para mi información al Centro Nacional de Biología...

—No de rienda suelta a su imaginación.

—¿Cómo se atreve a decir eso, doctora Vanel? Soy un investigador.

—Yo también, doctor Monjou.

—¿Cómo puede comparar su trabajo con mis experimentos?

—Estoy muy contenta con mi trabajo, doctor Monjou. Sólo le he hecho una sugerencia porque creo que el aparente tercio de pata que le ha brotado a ese animal no es otra cosa que una secreción sebácea.

—¿Cómo?

—Ya se lo he dicho.

—Es usted muy atrevida, doctora Vanel.

—Lo siento, doctor Monjou, pero fue usted quien me invitó a que entrase.

Catherine echó a andar rápidamente y salió del laboratorio.

Una vez en el corredor, dio un suspiro de alivio.

El doctor Monjou era muy susceptible. Pero ¿cuál de sus compañeros no lo era? Todos estaban realizando trabajos esenciales para el futuro de la Humanidad. Hasta ella misma.

Sonrió al llegar a ese punto de sus pensamientos.

Poco después entraba en su laboratorio.

Ella también tenía sus cobayas, aun cuando ahora había quedado muy mermada.

De las doce jaulas sólo tres tenían inquilino.

De pronto, se dio cuenta de que además de las cobayas había otro ser humano en la habitación.

Era un hombre.

Estaba junto a la ventana.

Pero lo más asombroso era que jamás lo había visto antes.

Podía frisar en los treinta años, y era alto, de rostro simpático, varonil.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Mi nombre es Alain Duby, y entré por la ventana.

CAPÍTULO VI

Catherine se había quedado perpleja.

—¿Entró por la ventana?

—Sí, estaba abierta, y yo la cerré.

—No es posible que estuviese abierta.

—¿Acaso cree que le miento?

—Sí.

—Entonces, le diré que me filtré por las paredes. Eso es mucho más sensato, ¿verdad?

Ella levantó la barbilla porque no le gustó la burla de Alain Duby.

—Se cree muy listo, ¿eh?...

—Tengo que serlo en mi profesión.

—¿Y cuál es su profesión, si puede saberse?

—Periodista.

—¿Qué hace un periodista aquí? Y no me diga que está interesado en mis experimentos.

—¿Por qué no, doctora Vanel?

—¿Cómo sabe mi nombre?

Alain levantó la mano en donde tenía un papel.

—¿Qué es eso, señor Duby?

—Un documento que tomé de su mesa. Es una declaración jurada de usted a la Academia de Medicina.

—¿Cómo se ha atrevido a tomar eso?

—Estaba sobre la mesa. Recuerde, los chicos de la Prensa no somos un ejemplo de corrección.

—Ya lo estoy comprobando... Y ahora, ¿me quiere dar ese papel?

—Con mucho gusto, doctora Vanel.

Alain Duby caminó hacia la joven y se detuvo mucho más cerca de lo que necesitaba para entregarle su declaración jurada.

Ella tomó el documento y dijo:

—Ahora quiero que me diga la verdad. Ya sabe a lo que me refiero. ¿Por qué ha venido aquí?

—Por usted.

—¿Por mí?

—Nosotros, los chicos de la Prensa somos injustos muchas veces... Sí, doctora Vanel, lo somos especialmente con las personas como usted.

—¿Qué pasa con las personas como yo?

Alain hizo un gesto para abarcar la habitación.

—Está aquí para realizar un trabajo especial.

—Cualquier médico realiza labores de éstas.

—Usted no puede compararse con cualquier médico, doctora Vanel... Usted es mucho más.

—¿Qué soy?

—Alguien que se sacrifica por sus semejantes... Por favor, no me interrumpa, no me diga que también los otros médicos, los que atienden a los enfermos, se sacrifican. Hay algo de verdad en ello pero también hay mucho de mito... Además, la mayoría de esos médicos están pensando en ganar todo el dinero que les sea posible...

—El dinero es necesario para vivir.

—No trate de disculpar a sus colegas, doctora Vanel. Usted sabe que siempre hay excepciones, pero muchos doctores sólo piensan en el vil metal, en atender a la alta burguesía, a la gente podrida de billetes... De esa forma, consiguen su objetivo, brillar socialmente y aumentar su cuenta corriente de día en día...

—¿Ha venido aquí para dar una conferencia sobre los defectos de mi profesión?

—No. Ya le he dicho que es usted quien me interesa. Sí, doctora Vanel, no se puede imaginar el interés que ha despertado en mí...

Alain Duby la miró de arriba abajo.

La joven entornó los ojos.

—Ya imagino qué clase de interés está usted sintiendo por mí.

—Oh, doctora Vanel, no me juzgue mal. Ya sé que es usted muy bella, muy seductora.

—Gracias.

—No, no me las dé... Eso es algo que salta a la vista, y estoy

seguro de que muchos hombres le hablarán constantemente de sus encantos...

—Señor Duby...

—Pero yo no he venido aquí a requebrarla, doctora Vanel, sino a que me hable de sus experimentos.

—¿De verdad vino a eso?

—No le quepa la menor duda. Estoy seguro de que sus trabajos deben ser fascinantes, desde un punto de vista científico.

—Lo son.

—¿Qué trata de descubrir, doctora Vanel?

—Algo muy importante.

—¿Puedo saberlo?

—Claro.

—Dígame de qué se trata.

—Sencillamente, la hembra despliega actividades extrasensoriales para atraer al macho.

Alain frunció el ceño y se quedó con la boca abierta.

—¿Qué es lo que ha dicho, doctora?

—Ya veo que no lo comprende. Usted es un hombre como los demás.

—Sí, debo reconocer que tengo una cabeza, dos piernas, dos brazos...

—No continúe. Es muy poco ingenioso.

—Disculpe, pero no me encuentro en mi mejor momento.

—Eso se nota a simple vista.

—Eh, ¿qué le pasa? ¿Es que no soy de su agrado?

—No, no lo es.

—Mido uno ochenta y dos, y no soy mal parecido. Aunque usted no lo crea, mi conversación resulta divertida a las mujeres.

—¿A qué clase de mujeres?

—A todas.

—Continúe un poco más y me dirá que le bastan diez minutos de conversación para que una mujer caiga en sus brazos.

—Bueno, por regla general necesito un poco más de diez minutos. Pero con algunas tardo menos.

—Un engreído, ¿eh?...

La joven dio unos pasos alrededor de Alain Duby examinándolo como acostumbraba a hacer con una de sus cobayas.

Alain giró al mismo tiempo que ella siguiéndola con la mirada.

—¿Qué le parezco, doctora?

—No encuentro nada de particular.

—Eso es porque está demasiado lejos —dijo él y, tomándola por la cintura, la atrajo hacia sí de un tirón.

—Eh, ¿qué es lo que hace?... Apártese inmediatamente.

—Creo que ahora la entiendo a usted, doctora Vanel... Contésteme a una pregunta. ¿Se pasa aquí todo el día con sus conejillos de indias?

—Doce horas.

Alain chascó la lengua.

—Lo que yo dije. Todo el día.

—El día tiene veinticuatro horas, señor Duby.

—Pero si dedica ocho horas al sueño, ya tiene veinte horas gastadas... Sólo le quedan cuatro para comer y para cualquier cosa.

—Me quedan cuatro para comer y para leer los trabajos de otros colegas sobre mi especialidad...

—Vaya, entonces, no tiene tiempo para vivir, doctora.

—Claro que tengo tiempo para eso también.

—Y, ¿cuándo lo hace?

—Ya le he dicho que vivo aquí doce horas, y el resto del día en mi apartamento.

—¿Llama usted a eso vivir?... No sea tonta.

Tras decir eso, la besó en la boca.

Ella no hizo, ningún esfuerzo por soltarse.

Alain se apartó de la joven.

—¿Qué tal, doctora Vanel?

—¿Qué tal, qué?

—¿Qué va a ser? El beso.

—Absurdo.

—¿Va a resultar usted uno de esos científicos que dicen que un beso es sólo un intercambio de microbios?

—Oh, no, desde luego.

—Estupendo —dijo Alain y la besó otra vez.

Ella hizo lo mismo que la primera vez. Se quedó quieta y se dejó besar con los ojos abiertos.

Alain Duby puso más pasión y la besó con más fuerza.

—¿Qué me dice ahora? —dijo cuando se vio necesitado de aire

para sus pulmones.

—Un éxito.

—Vaya —dijo Alain pasándose un dedo por el cuello de la camisa—. Celebro que le haya gustado.

—No se trata de un éxito, señor Duby. Se trata de mi éxito.

—¿Su éxito?

—Tres minutos antes de que usted me besase, desplegué mis actividades extrasensoriales para atraerlo.

—No me diga.

—Le dije que se apartase de mí cuando me tomó por la cintura y me atrajo hacia usted.

—Sí, la escuché, pero yo no la obedecí.

—No lo hizo porque yo le estaba pidiendo mentalmente que no me soltase.

—Yo no oí nada.

—Eso es lo que usted cree, que no me oyó... Pero está claro que usted percibió mi llamada.

Alain Duby se rascó una patilla.

—Oiga, doctora Vanel, ¿siempre es así cuando un hombre la besa?

—Hasta ahora sí. Me refiero a los besos que me han dado después de recibir mi título de doctor. Antes de eso, yo era demasiado joven...

—Oh, comprendo. Ahora es una abuelita...

—Soy muy vieja para la ciencia.

—¿Qué edad tiene? ¿Veinticuatro años...? ¿Veinticinco?...

—Veintisiete años, señor Duby.

—No los aparenta. Puede quitarse tres o cuatro si gusta.

—No tengo interés en quitarme años, señor Duby.

—Oiga, le propongo una cosa.

—¿A qué se refiere?

—Concédame esta noche, y yo le enseñaré lo que es vivir...

—Es usted muy prosaico... muy materialista y muy...

—Le prometo ser muy convincente.

—Usted no puede convencerme de nada a mí, señor Duby.

—Si es así, debería hacer la prueba... Puede llamarlo también un desafío.

—No, no tengo el menor interés por su experimento.

—Usted ya hizo uno conmigo, doctora Vanel... ¿No cree que tengo derecho a mi turno?...

—Sólo le llegó el turno de decir la verdad acerca de su presencia en esta casa. Y no vuelva a repetir que vino por mí... Usted ha demostrado que ignoraba qué clase de ensayos estoy realizando. No sabía ni que existía... Pero si no lo confiesa, yo se lo puedo decir, señor Duby.

—¿De veras?

—Vino siguiendo al comisario Hougron... Usted sólo está interesado en el caso de las tres mujeres estranguladas.

—Parece listilla.

—Fue fácil de adivinar.

Alain Duby se pellizcó una oreja y miró pensativo a la joven.

—Apuesto a que lo supo desde el principio.

—Claro.

—Sin embargo, me dio cuerda.

—¿Qué?

—Desplegó eso que usted dice, actividades extrasensoriales, para que yo la atrapase por mi cuenta...

—Habla muy vulgarmente, señor Duby.

—Pero digo la verdad, que es lo importante... ¿Lo confiesa o no?

—Está bien. Sí. Quise experimentar con usted.

—Y, al parecer, no quedé muy mal como cobaya, puesto que respondí a su llamada. Fue lo que usted dijo.

—No voy a tratar de hacerle comprender mi trabajo científico, señor Duby. Sería perder el tiempo... Además, debo decirle que usted ya no tiene nada que hacer aquí... El comisario salió un poco antes de que yo descubriese su presencia en este laboratorio...

—¿Y por qué vino él?

—¿No lo sabe usted?

—Claro que no.

—Me temo que no puedo decírselo.

—Gracias. Eso significa que vino por lo de los estrangulamientos.

—¿Cómo llega a esa conclusión?

—Yo también sé utilizar a las personas como cobayas, doctora Vanel. Usted ha podido inventar una excusa para justificar la visita del comisario... Por ejemplo, pudo decir que había venido a

consultar cualquier asunto médico con sus colegas. Pero usted ha decidido guardar silencio.

—Señor Duby, me está robando mi tiempo.

—Oh, sí, es muy importante para sus cobayas.

—Para la ciencia, señor Duby —le rectificó Catherine.

—Ya me voy. Aunque quizá nos veamos pronto.

—Lo dudo, señor Duby. Yo no salgo por ahí.

—Sí, ya lo dijo. Pero tengo el presentimiento de que nos volveremos a ver.

Alain Duby se acercó de nuevo a la joven. La tomó por los brazos.

—Doctora, con su permiso.

—Eh, ¿qué va a hacer?

—Darle el beso de despedida.

—Ya terminó el experimento.

—El suyo sí, pero no el mío —dijo Duby y la besó fuertemente en la boca.

En ese momento, una voz rugió por detrás.

—¡Bastardo, suéltala!

Alain apartó los labios de Catherine y volvió la cabeza.

En el umbral vio a un hombre que se cubría también con una bata blanca.

Era rubio, fornido.

—¡He dicho que la deje o le rompo ahora mismo la cabeza!... — lo oyó gritar.

—No sabía que, estaba casada, doctora Vanel.

—Claro que no lo estoy.

—Entonces, ¿con qué derecho dice él eso?

—Es Michael Barratier, uno de mis colegas en el Instituto... Y él cree que me está usted haciendo víctima de un atropello.

Michael Barratier se abalanzó contra Alain y éste comprendió que iba en serio lo de romperle la cabeza.

CAPÍTULO VII

Alain Duby se dio mucha prisa en soltar a Catherine para hacer frente a la agresión.

Lo hizo con buena fortuna.

El puño derecho del doctor Barratier pasó por encima de su hombro.

El doctor perdió el equilibrio y se desplomó sobre la larga mesa en que estaban las jaulas.

Tres de éstas, que estaban vacías, cayeron al suelo con gran estrépito.

Pero el doctor Barratier reaccionó con mucha rapidez.

Giró y lanzóse de nuevo sobre Duby.

—Cuidado, doctor, se va a hacer daño —dijo Alain, y le soltó un puñetazo en el hígado.

Barratier quedó inmóvil y su rostro empezó a ponerse verde.

Soltó un gemido y se desplomó en el suelo, donde permaneció encogido, respirando con dificultad.

—Es usted un bruto, señor Duby —exclamó Catherine.

—Eh, no querría que me dejase aplastar las narices por este individuo.

—No es un individuo, es mi amigo.

—¿Por qué no le dijo que se estuviese quieto?

—No me dio tiempo. Me sorprendió tanto como a usted...
Márchese antes de que se recupere.

—¿Qué significa él para usted?

—Ya le he dicho que sólo es un colega.

—Pues parece que está albergando otros sentimientos con respecto a usted.

—¿Por qué dice eso?

—Doctora, usted es buena sólo para sus experimentos. ¿No le advirtieron sus antenas extrasensoriales? Este hombre está

enamorado de usted.

—Qué tontería.

—Entiendo —dijo Alain Duby—. Las antenas sólo las tenemos los hombres.

—Sí, desde luego.

—Podría comprarse unas.

—Márchese, por favor...

—Como quiera, doctora... Ah, y gracias por todo. Debo decirle que el último beso fue el mejor de todos... En cuanto llegue a mi casa, escribiré mis impresiones personales. Se las dejaré leer cuando usted tenga poco trabajo.

—Ya le he dicho que no tengo un momento libre.

—Usted se lo pierde —repuso Alain Duby y salió del laboratorio.

La joven acudió al lado del doctor Barratier, el cual se estaba levantando mientras rezongaba.

—¿Dónde está ese tipo?... Le voy a dar su merecido.

Fue a echar a correr, pero Catherine se interpuso en su camino.

—Será mejor que lo dejes.

—Te estaba besando.

—Formaba parte de mi juego.

—¿De tu juego?

—Sí, Michael... Para mí, lo que él estaba haciendo conmigo no tenía más valor que cualquiera de mis experimentos con las cobayas.

—No puedes hacer tus experimentos con seres humanos.

—Lo hice y estoy muy satisfecha.

—¿Satisfecha de qué?

La joven parpadeó.

—Naturalmente, complacida desde un punto de vista científico.

Michael Barratier se puso en orden el cabello.

De pronto, hizo chascar los dedos.

—Ya lo tengo. Fue él.

—¿A qué te refieres?

—El doctor Vanderen me acaba de informar de la llamada anónima al comisario Hougron... Ese tipo que se acaba de marchar fue el autor de la fechoría.

—No lo creo.

—¿Quién es él?

—Un periodista.

—¿No lo crees y es un periodista? ¡Claro que fue él, Catherine! ¿Es que no te das cuenta? Esa gente es capaz de todo por un reportaje sensacionalista... Creo que tengo el cuadro completo... ¿Cuál es su nombre?

—Alain Duby, pero sigo pensando que te equivocas.

—No, estoy seguro de que he acertado. Ese Alain Duby armó este tinglado. Apuesto mi sueldo de un mes a que pronto veremos el nombre del Instituto en la primera página de su diario. ¿Cuál es?

—No lo dijo.

—Bueno, da lo mismo. Será uno de esos periodicuchos que alimenta con bazofia a sus lectores.

—Michael, estás dramatizando.

—Catherine, ¿por qué lo defiendes?

—Sólo trato de ser justa con él...

—Y, ¿por qué ese interés?...

—Porque soy justa con todas las personas. No hago distinciones a ese respecto.

—¿Estás segura de que es eso?

—Michael, ¿qué es lo que te va por la cabeza?

—Que te haya podido interesar ese hombre desde un punto de vista personal.

—En mi vida oí mayor tontería. ¿Cómo puedes creer semejante cosa?...

—Está bien, Catherine.

—¿A qué viniste?

—A discutir contigo sobre la llamada anónima. Es inaudito. No tienen derecho a dudar de nosotros... Lo he dicho muchas veces... Lo he repetido a todo el mundo. El hombre de ciencia no es respetado ni siquiera en el lugar en donde realiza sus investigaciones.

—Otra vez te sientes trágico.

—Me asombra tu despreocupación, Catherine... Aunque se explica en cierto modo. Tú eres una mujer y se trata de un asesino...

—No creo que exista diferencia alguna con respecto a las posibilidades entre un hombre y una mujer... Me refiero a convertirse en un criminal.

—Pero en este caso el estrangulador elige como víctimas a mujerzuelas.

—Lo cual no es obstáculo para que yo siga pensando que el asesino puede ser una mujer.

—No creo que aciertes...

El doctor Michael Barratier dio unos pasos por la estancia.

—Le he dicho al doctor Vanderen que presente una enérgica protesta por la intromisión del comisario Hougron en nuestro Instituto.

—Me temo que el comisario sólo estaba cumpliendo con su obligación. Somos científicos, Michael, pero no estamos libres de sospecha. Al fin y al cabo, también somos seres humanos.

—Eso resulta divertido. Uno de nosotros asesino de busconas.

—¿Por qué las llamas así?

—Es lo que son.

—No deberías referirte a ellas con ese desprecio.

—Yo no las obligué a elegir esa clase de vida.

—He conocido a varias mujeres de esa clase y me parecieron humildes y muy simpáticas.

Barratier sacudió la cabeza y dijo con voz grave:

—Ya veo que hoy no estamos de acuerdo en nada.

—No, Michael, me temo que no.

—Será mejor que me vaya. ¿Quieres que te acompañe luego a tu casa?

—No hace falta que te molestes.

—Sabes que no es molestia.

—Perdona, Michael, pero hoy tengo que pasar por casa de la modista para que me pruebe... Ya nos veremos mañana.

—Está bien —dijo Michael Barratier y salió del laboratorio.

Catherine dio un suspiro de alivio.

Michael Barratier no se le había declarado todavía, pero daba por supuesto que eso ocurriría un día u otro y, quizá aquel incidente con Alain Duby había precipitado todo. Estaba convencida de que si hubiese aceptado ser acompañada por Michael, él le hubiese hablado de matrimonio antes de llegar a su apartamento.

Tendría que pensar en aquel problema.

Desde luego, no estaba decidida a casarse, pero tampoco quería herir a Michael.

Trataría de elegir las palabras adecuadas para responder cuando llegase el momento.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Entró Marie Malotti, la mujer de la limpieza. Portaba su cubo y su escoba.

—Creo que ya limpiaste aquí, Marie.

—Sí, ya lo hice, señorita Vanel. Sólo quería hablar con usted...

—Está bien. Entra.

—Gracias.

La joven sonrió a la mujer de la limpieza mientras decía:

—Si lo que te preocupa es el incidente con el doctor Limat, ya hablé en tu favor, con el doctor Vanderen... De todas formas, insistiré...

—Es usted muy amable, señorita Vanel. Pero no vine por eso.

—¿Qué es entonces, Marie?

—Se trata de la llamada anónima.

—¿Tú también sabes eso?

—Verá, señorita... No hubo tal llamada anónima.

—¿Cómo?

—Fui yo quien informé al comisario, pero no utilicé el teléfono. Fui personalmente a la policía...

—¿Tú, Marie?

—Le contaré la historia, señorita Vanel.

Marie hizo su relato y luego agregó:

—Sólo le he dicho a usted la verdad.

—¿Por qué?

—Porque he estado preocupada por usted, señorita Vanel. Ya le dije al comisario que usted era la mejor persona que había aquí. Cuando vino éste aquí, pensé que también la molestaría a usted. Yo sé cómo son los policías. Tengo un primo hermano que es inspector. Está destinado en Marsella... Ellos tienen que preguntar a los que creen inocentes y a los que parecen culpables... Por eso, decidí darle a usted una explicación. Perdone, señorita Vanel, si el comisario la molestó.

—En absoluto, Marie. No tienes por qué sentirlo. No fue ninguna molestia. Pero ¿estás segura de que fue eso lo que oíste?

—Sí, señorita. No crea que fue cosa de mi pensamiento... Lo oí

perfectamente. Fue una lástima que no me decidiese a abrir antes la puerta. Pero quizá él me habría matado.

—A esas horas estábamos aquí nosotros. Alguno hubiese acudido en tu ayuda...

—Pero, tal como aprieta el cuello ese hombre, no creo que hubiesen llegado a tiempo. ¿Leyó lo que dicen los periódicos de las mujeres estranguladas? En ninguno de los tres casos hubo testigos. Los cadáveres fueron encontrados mucho después de que los hubiese dejado el asesino.

—Sí, quizá tengas razón.

De repente Marie se volvió.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Qué pasa, Marie?

—Había alguien detrás de la puerta... En el corredor... ¡Nos estaba escuchando!...

Catherine creyó oír pasos que se alejaban.

Corrió hacia la puerta y la abrió de un tirón, saliendo fuera.

Pero ahora el pasillo estaba desierto.

Prestó atención, pero ya no oyó nada.

Entró otra vez en su laboratorio y vio que la cara de Marie estaba muy pálida.

—Tranquilízate, Marie.

—Ahora él lo sabe... Sabe que yo lo denuncié al comisario.

—Marie, tienes que abandonar esas ideas... En primer lugar, la persona que estaba ahí fuera no ha oído todo lo que dijiste.

—Claro que lo oyó. Si no, ¿por qué echó a correr? ¿Por qué huyó? Ande, dígalos.

—Quizá te pareció a ti que huía cuando en realidad sólo pasaba por el corredor... Además, ¿por qué nos va a vigilar?

—Quizá alguien sospecha que yo fui la autora de la supuesta llamada anónima y ha querido cerciorarse.

Catherine pasó un brazo por los hombros de Marie.

—¿Ya terminaste tu trabajo?

—Sí.

—Entonces, será mejor que te vayas a tu casa.

—De acuerdo, me iré.

Marie se dirigió hacia la puerta y de súbito ésta se abrió de golpe.

Marie lanzó un grito mientras retrocedía.

En el hueco apareció una mujer que vestía un traje sastre. Tenía gesto adusto, y sus ojos brillaban como el pedernal.

—¿Qué te pasa, Marie? ¿Te he asustado?

—Sí, doctora Dasté —forzó una sonrisa Marie—. Ha aparecido usted tan bruscamente... Disculpe, pero he de marcharme... Hasta mañana.

Marie salió del laboratorio y entonces la doctora Helene Dasté cerró la puerta del laboratorio y dijo:

—Cualquiera diría que Marie acaba de ver al estrangulador de las tres mujeres.

—¿Por qué dices eso, Helene?...

—Acabo de enterarme, querida —sonrió Helene Dasté—. Los científicos del Instituto Experimental de Biología se van a poner de moda.

—No creo que sea para tomarlo a broma.

Helene Dasté cerró la puerta y se apoyó en elle cruzando los brazos.

—¿Tú lo tomas en serio, querida?...

—Tres mujeres han muerto y eso es importante.

—Todos los días mueren por miles los seres humanos.

—Pero esas mujeres fueron asesinadas... Murieron por estrangulación... Un ser perverso acabó con ellas...

—Eran prostitutas.

—¿También tú vas a opinar como el doctor Monjou?...

—¿Qué dice el buen doctor Monjou?...

—Desprecia a las mujeres de vida fácil.

—Es verdad, yo también las desprecio.

—¿Por qué?

—Son repugnantes... Conceden sus favores a todos los hombres... Pero no quiero hablar de eso. Es una conversación desagradable. Además, en el fondo, tú y yo opinamos igual con respecto a este asunto.

—¿Yo?... Qué tontería... Nuestros pensamientos son muy dispares.

—Sólo lo son superficialmente. Analiza tu vida. No te has casado, ¿por qué?... Yo te diré la razón. Eres demasiado bella, demasiado hermosa para que un hombre te marchite...

—Helene, no seas ridícula.

—Es la pura verdad —dijo Helene Dasté dando un paso hacia la joven—. Eres la mujer más bella que he conocido en mi vida...

A Catherine le resultaba desagradable que Helene le dijese aquellas cosas.

—Tengo que continuar ahora mi experimento —repuso apartándose de Helene.

—Pensé que estarías libre y podrías acompañarme.

—¿A dónde?...

—He de comprarme un abrigo y pensé que tú eras la mejor persona para que me asesorase.

—Puedes elegirlo tú perfectamente.

—Tienes más gusto que yo para eso.

—Lo siento, Helene, pero te he dicho que no puedo.

—Bueno, el abrigo puede esperar un poco... Quizá mañana tengas tiempo.

—Sí, es posible...

—Hasta luego, querida, y no pienses más en esas mujeres estranguladas...

—Creo que va a ser difícil.

Helene le sonrió y salió del laboratorio.

Al quedar a solas, Catherine recordó a Alain Duby. Era un hombre simpático y agradable y había respondido muy bien a su experimento.

CAPÍTULO VIII

Había caído la noche sobre París.

Durante la tarde había tenido un pensamiento, ir a ver a una amiga que vivía en Montmartre.

Era Françoise. También ella vivía sola. Françoise la hubiese invitado a cenar, luego habrían visto la televisión y, finalmente, su amiga le hubiese dicho que se quedase con ella aquella noche.

Sí, necesitaba compañía.

No había dejado de recordar al estrangulador de mujeres.

La culpa la tenía aquello que ocurrió cuando estaba hablando con Catherine Vane.

Alguien había estado escuchando tras de la puerta en el corredor.

¿Era esa persona la doctora Helene Dasté?...

Sí, debía ser ella porque cuando fue a salir se encontró con la doctora Dasté.

Realmente eso no quería decir nada.

Podía ser Helene Dasté o cualquiera de los otros doctores.

Antes de empezar a cenar puso la radio.

La música era alegre. Gilbert Becau interpretaba algunos números de su repertorio. Era bueno Gilbert Becau para hacer olvidar a una persona sus problemas.

Terminó de cenar y también el cantante acabó su actuación.

Un locutor se puso a dar noticias.

De pronto, Marie oyó un ruido.

Venía del corredor. Uno de los maderos de la escalera había crujido. Era aquel peldaño que estaba un poco suelto.

Debía ser Lucien, el inquilino del piso de arriba.

Se acercó a la radio y bajó el volumen.

Oyó claramente los pasos en el corredor.

De pronto, sonó el timbre de la puerta.

Marie lanzó un grito.

Miró hacia la puerta.

A través de la rendija inferior vio las sombras que arrojaban los pies de la persona que estaba a la otra parte.

Se dio cuenta de que habían pasado unos segundos porque sonó otra vez el timbre.

Marie se fue acercando poco a poco a la puerta.

—¿Quién es?

—Abra.

No, no era Lucien. Ella conocía perfectamente la voz del inquilino de arriba.

—¿Qué quiere?...

—Es un telegrama para usted...

—¿Un telegrama?...

—Vamos, abra...

—¿De dónde mandan el telegrama?...

—Oiga, yo soy un repartidor y tengo mucho trabajo por delante antes de irme a casa... Déjese de tonterías y abra de una vez la puerta.

—No abriré.

—¿No es usted la señora Malotti?

—Sí, yo soy Marie Malotti.

—Entonces, el telegrama es para usted.

—Enséñemelo.

—Muy bien, abra la puerta y se lo mostraré.

—No hay necesidad de abrir para que me lo enseñe... Páselo por debajo de la puerta.

—¿Cómo sé que es usted la señora Malotti?... No puedo hacer eso.

—Oiga, quienquiera que sea usted, no tengo a nadie que me pueda enviar un telegrama. Es falso, está mintiendo.

—Bueno, yo trato de cumplir con mi deber... Hasta la vista, señora, y que se alivie.

Los pies se retiraron de la rendija de luz.

Marie contuvo la respiración porque ahora, cuando descendiese aquel hombre por la escalera, oiría gemir de nuevo el peldaño suelto.

Se desgranaron unos segundos, pero aquel peldaño no se oyó.

El hombre no se había ido.

Estaba en el corredor.

Marie se acercó más a la puerta sin hacer ruido.

Escuchó atentamente.

Le pareció oír una respiración cerca de la puerta.

Entonces sintió el fuerte latir del pulso en sus sienes.

Era el estrangulador, no tenía la menor duda.

Pero allí había una contradicción. No había reconocido la voz. No era ninguno de los doctores del Instituto Experimental de Biología.

¿Qué tontería estaba pensando? Naturalmente, el asesino había disimulado la voz.

Quizá aquel hombre esperaba una oportunidad para entrar. Pero ella había pasado el cerrojo.

No, no podría entrar. Estaba segura.

Todo iría bien.

Si al menos tuviese teléfono, podría avisar a la policía. El comisario Hougron se habría encargado rápidamente de atrapar al asesino.

¿Qué hacía allí él?... ¿Por qué se quedaba en el corredor?...

Tarde o temprano, alguien llegaría.

Recordó que nadie había visto al asesino. La policía no había podido hacer un retrato-robot basándose en la declaración de los testigos.

No, no podría quedarse allí mucho tiempo porque el asesino dejaría de estar seguro.

Ahora gimió el peldaño. Estaba descendiendo.

Dio un suspiro de alivio. No se había equivocado.

El estrangulador se marchaba.

Sintió deseos de reír, pero se puso la mano en la boca porque el asesino la podría oír y regresaría...

Echó a andar hacia la mesa y se dio cuenta de que las piernas le temblaban.

Se dejó caer en una silla y se tomó la cabeza con las manos.

Había cometido un error al quedarse allí aquella noche.

¿Y si se marchase ahora a casa de Françoise?

Eso era absurdo.

El asesino la estaría esperando allí fuera, en la calle.

Él se quedaría un rato cerca de la casa, a la espera de una oportunidad.

Seguro que miraría hacia la ventana de su habitación para ver si la luz estaba encendida.

Se levantó y echó a correr otra vez hacia la puerta.

Llegada allí, dio la vuelta al interruptor.

La estancia quedó sumida en la oscuridad.

Entonces se dirigió hacia la ventana.

Arrimada a la pared, se fue deslizando poco a poco. Tuvo miedo de apartar los visillos porque el hombre estaría vigilando.

Acercó la cara para mirar a través de los cristales.

La calle estaba húmeda, porque lloviznaba, brillante bajo la luz del farol de la esquina.

¡Allí estaba el asesino! Al otro lado, donde se perdía la luz del farol. Lo podía distinguir claramente, pero no lograba ver su cara porque estaba entre sombras.

De repente sonó otra vez el timbre de la puerta.

Ahora gritó porque fue demasiado sorpresivo.

—Ya le he dicho que no quiero el telegrama —exclamó.

—¿Es usted, señora Malotti?

Ahora sí pudo reconocer la voz de Lucien, el inquilino del piso de arriba.

—¿Qué quiere, Lucien?

—Me quedé sin café y pensé que usted me podría prestar un poco para un par de tazas...

—Espere, ahora le abro.

—Gracias.

Fue hacia la puerta y dio la luz. ¿Y si no fuese Lucien? ¿Y si estuviese imitando su voz?

—Lucien...

—Diga, señora Malotti.

—Disculpe, estoy buscando la llave.

Era mentira. Tenía la llave en la mano.

—No sé dónde la habré puesto... Oiga, Lucien, me he acordado mucho de la película que vimos la semana pasada. ¿Cuál era su título?...

—«La tormenta de Dios».

Sí, aquél había sido el film que habían visto juntos en el

Palacium Cinema. Jean Gavin había logrado una de las mejores interpretaciones de su vida.

Ya no tuvo duda de que era Lucien. Metió la llave en la cerradura y abrió.

Lucien le sonrió desde la otra parte del corredor.

—Menos mal que encontró la llave.

Lucien era de mediana estatura, dueño de una trapería, un hombre muy tímido.

—¿Puedo pasar?...

—Desde luego, Lucien.

—Toda la tarde estuve pensando que tenía que comprar café... Ya sabe como son estas cosas. Llegó un cliente y se me fue el santo al cielo.

—No se preocupe. A mí también me pasa con frecuencia... Enseguida le traigo el café.

Fue a la cocina y Lucien se quedó en el comedor.

Regresó con una taza de café.

—Ya está molido... Se me estropeó el molinillo y desde entonces lo compro así.

—Si usted quiere, le traigo mi molinillo...

—Oh, no, de ninguna forma... Yo compraré uno...

—Los vecinos estamos para ayudarnos.

—Desde luego, Lucien, yo opino lo mismo.

Hubo un silencio embarazoso.

Marie Malotti oyó su voz interior.

«¿Por qué no se lo dices?... ¿Por qué no le confieras que estás muerta de miedo?... Lucien se hará cargo de todo, es un hombre simpático... A veces piensas que te resulta más agradable que Marc Dupé, el conserje del Instituto... Y después de todo, Lucien es también soltero... ¿Cuál de los dos sería mejor marido?...».

—Bueno, ya me voy —dijo Lucien interrumpiendo sus pensamientos—. Muchas gracias por el café... Se lo devolveré mañana.

—Oh, no, de ninguna manera.

—No me puede prohibir eso... Si no le devolviese el café, no tendría libertad para pedirle otras cosas...

—Como quiera, Lucien.

Él se dirigió a la puerta, pero, de pronto, se detuvo.

—¿Se encuentra bien, Marie?...
—Oh, sí, ¿por qué lo pregunta?...
—Está un poco pálida.
—Se debe a que estoy cansada.
—Entonces será mejor que se acueste.
—Sí, lo haré enseguida.
—Que descanse, Marie.
—Gracias, Lucien.

El vecino salió del apartamento y Marie cerró la puerta.
Permaneció inmóvil.

«Has sido una estúpida. Él te dio la oportunidad cuando te preguntó qué te pasaba... Él lo ha notado cuando te vio pálida... ¿Por qué no se lo dijiste?... ¿Por qué no le dijiste que estás aterrorizada, que el asesino está esperando ahí abajo para terminar contigo?...».

Al recordar esto, fue rápidamente hacia la puerta y pasó el cerrojo de un golpe.

Apagó otra vez la luz y caminó hacia la ventana.

Miró por los cristales, como antes.

Ahora no vio a nadie más allá de la farola.

El hombre había desaparecido.

Dio un suspiro de alivio.

Estaba claro que el asesino se había marchado.

Al día siguiente iría a la policía. Sí, vería al comisario Hougron y se lo contaría todo.

El comisario ordenaría que un hombre o dos vigilasen a partir de entonces su casa.

Tomarían medidas y estaría a salvo.

El asesino estrangulador tendría que desistir.

En aquel momento sonó otra vez el timbre de la puerta.

Esta vez no gritó.

—¿Quién es?...

—Soy yo, Lucien...

—¿Qué quiere, Lucien?...

—Le traigo el molinillo...

—Pero ya le dije que no lo quería...

—Disculpe, pero usted lo necesita y yo puedo pasarme sin él.

Marie cruzó la estancia, despasó el cerrojo y abrió de un tirón.

Una forma humana saltó sobre ella.

Una mano le cubrió la boca.

Cuando quiso reaccionar, aquel hombre ya había cerrado la puerta con el pie.

Entonces vio su cara y se sintió morir.

Era un rostro horrible, como hecho con barro.

Los ojos estaban hundidos en las cuencas, unos ojos que brillaban como ascuas.

Marie se dio cuenta de que la mano que tenía sobre su boca era tan deforme como el rostro de aquel ser infrahumano.

—Hola, señora Malotti, no grite, no intente nada... No, no soy Lucien... Los oí desde la escalera... ¿Verdad que me salió bien su voz?... Tengo esa facilidad, la de imitar a las personas que escucho... Me bastan unos segundos... Soy un privilegiado.

Marie no habría podido contestar, aunque aquel hombre hubiese apartado la mano de sus labios.

Estaba paralizada por el terror.

—Fue usted muy curiosa, señora Malotti... Pero no debió visitar al comisario Hougron... No, no debió hacer eso. ¿Qué le importaba a usted todo?

Marie hizo un gesto negativo.

—¿Qué quiere decir, señora Malotti?

Ella hizo gestos para que le dejase hablar.

—No trate de gritar... Me bastará un segundo para romperle las vértebras cervicales.

Marie hizo otro gesto negativo.

Aquel hombre monstruoso apartó unas pulgadas su mano de la boca de su víctima.

—Hable, señora Malotti... Diga algo.

—No tiene nada que temer de mí...

—Vaya, eso es muy interesante, señora Malotti... Pero cometió un error. Sí, se equivocó al hablar con el comisario...

—Después de todo, tiene usted razón... A mí nada me importaba.

—Qué comprensiva se ha vuelto, señora Malotti.

—Puede marcharse tranquilo...

—¿Cree que puedo irme y dejarla viva?

Marie sintió un escalofrío por la espalda.

—Ya le he dicho que no debe preocuparse por mí... No diré nada...

—¿No contará a nadie mi visita, señora Malotti?

—Claro que no.

—¿Dejará en paz al comisario?

—Se lo juro.

—Sí, es posible, que no le contase nada al comisario, pero hay otros hombres.

—¿Otros hombres?...

—Está su vecino, el que se olvidó del café.

—Oh, no... No le diré nada a Lucien, también se lo prometo...

—Sí, admito que también con él guardaría el secreto.

—Puede estar seguro.

—Pero fallaría con Marc Dupé.

—¿Marc Dupé?...

—No me diga que no lo conoce. Es el conserje del Instituto. ¿No es verdad?... Ya lo sé, estoy enterado de todo... Usted le ha puesto el ojo encima... Quiere casarse con él... Estoy enterado de muchas cosas de usted, señora Malotti... Es inútil que me engañe...

—Tampoco se lo diré a Marc Dupé.

—No me basta con su palabra.

Marie se pasó la lengua por los labios. Los tenía resecos. Estaba viviendo una pesadilla. Sí, eso debía ser, una pesadilla.

Cerró los ojos y los volvió a abrir.

Pero aquel hombre continuaba allí, a su lado.

No, no era un sueño.

De pronto, sintió las manos de él sobre su cuello.

—¡Por favor... no!...

—Tienes que morir, Marie Malotti...

—¡No se lo diré a nadie!... ¡Se lo juro!...

—A mí no me basta, ya te lo he dicho...

Aquellos dedos llenos de arrugas apretaron su garganta.

El aire dejó de circular hacia sus pulmones.

Quiso gritar, pero sólo le salió un susurro.

Sus piernas se negaron a sostenerla.

Aquellas dos manos poderosas seguían apretando y apretando.

Dejó de ver el rostro horroroso y pensó que estaba llegando al final de su vida.

CAPÍTULO IX

Catherine Vanel estaba tomando una ducha caliente cuando oyó sonar el timbre de la puerta.

¿Quién sería?

Apartó las cortinas de plástico, tomó el albornoz y se cubrió con él.

Otra vez sonó el timbre.

—Espere... espere...

Se puso las chinelas.

Al llegar ante la puerta, observó por la mirilla.

A la otra parte vio al periodista Alain Duby.

—Eh, ¿qué quiere usted?...

Alain Duby levantó una botella de champaña.

—Quiero beber esto con usted.

—¿Por qué?

—Para celebrar su colaboración.

—Yo no he colaborado con usted...

—Vamos, no sea tan modesta... Yo fui su cobaya, y en un momento determinado, usted lo fue para mí... Ha sido un buen trabajo que hicimos a medias... Concédame eso al menos.

La joven titubeó unos instantes, pero al fin abrió la puerta.

Alain dio unos pasos, pero se detuvo al verla con el corto albornoz que dejaba al descubierto sus esbeltas piernas.

El periodista encanutó los labios y silbó.

—¿Por qué hace usted eso?... —inquirió Catherine.

—Porque está usted imponente... No sabe lo que me animo cuando una joven me recibe de esa manera.

—¿Acaso cree que me pasé dos horas en la ducha para recibirlo así?...

—Ande, querida, continúe con su experimento. Un besito.

—Ni hablar de eso.

Alain dejó la botella de champaña en la mesa y, cuando Catherine pasó por su lado, la atrapó por la cintura.

—Eh, déjeme...

—Lo siento, pero no es culpa mía... Mis antenas extrasensoriales han captado su llamada.

—No puse en marcha la onda.

—Eso quiere decir que su circuito debe tener una avería porque yo la he captado muy bien, se lo aseguro.

Se inclinó sobre ella para besarla, pero la joven se echó hacia atrás.

—Si no se aparta ahora mismo de mí, lo echo de aquí.

Alain dio un suspiro y la dejó libre.

—Esto es lo que yo llamo ingratitud.

—¿Usted cree?...

—Doctora, le aseguro que jamás habrá encontrado a nadie con más deseos de participar en un ensayo científico.

—Déjese de hacer el gracioso y prepare las copas mientras me visto.

—¿Pero por qué se va a vestir si está así tan mona?

—Porque no quiero caer en la tentación de emitir la onda.

—Así me gustan las mujeres. Atrevidas —dijo él y trató de cazarla otra vez.

Pero Catherine se escurrió de entre sus dedos y se fue al dormitorio.

—Soy un incomprendido —dijo Alain sacudiendo la cabeza.

Fue a la cocina por copas y empezó a abrir la botella.

—Eh, Catherine... dese prisa.

—Me falta poco —le contestó ella desde el dormitorio.

—La ayudaré y así acabará antes.

—No entre aquí o me pongo a gritar.

—¿Una doctora gritando?... Sería absurdo.

—Tengo una maravillosa voz de soprano... Me oirán en todo el edificio.

—Me decepciona, Catherine... La creí una mujer más moderna...

La joven salió del dormitorio. Estaba resplandeciente de belleza.

Se cubría con un vestido azul de escote muy pronunciado.

Alain se había quedado quieto como una estatua, con la botella de champaña en la mano.

—Muévase un poco, señor Duby. Parece el Discóbolo griego.

—Usted tiene la culpa. Cada vez que la veo, me deja sin respiración... Debería avisar.

—¿Quiere decirme ahora de verdad a qué vino?

—No puedo vivir sin usted, Catherine.

—¿Otra vez con las payasadas?...

—Pero si es la pura verdad. Y le aseguro que nunca me había pasado antes de ahora... He corrido de una mujer a otra sin detenerme más que lo imprescindible para...

—No continúe, Alain. Está hiriendo mis castos oídos.

—Oh, perdone repuso él haciendo una reverencia. —Olvidé por un momento que acaba usted de salir del colegio.

—Para usted acabo de salir de la incubadora. ¿Qué hace que no abre esa botella de champaña?...

—Estoy pensando que no se bebe champaña antes de cenar... ¿Cenó usted?

—No.

—Magnífico. Yo tampoco lo hice... Cenaremos juntos en algún sitio romántico.

—No me gustan los sitios románticos...

—Está bien, la llevaré a una cueva donde hay telarañas y velas.

—No me diga que el camarero es un vampiro.

Alain se pellizcó la barbilla pensativo.

—Tengo mis dudas. A veces me he dicho que el bueno de Pierre debe beber sangre por las noches... Sus colmillos son muy significativos.

Fueron a cenar a un restaurante de Saint Germain des Pres. Efectivamente se ubicaba en un sótano, pero no había telarañas, aunque cada mesa estaba provista de un candelabro con tres velas.

Y tampoco a Pierre, el mozo, se le notaban los colmillos. Era, por el contrario, un hombre muy amable.

En un momento determinado, Alain dijo:

—Catherine, ¿de quién sospecha usted?...

—¿Sospechar?... ¿De qué me habla?

—De sus colaboradores del Instituto.

Ella hizo un gesto de asombro.

—¿Ha supuesto de verdad que uno de nosotros es el estrangulador de esas mujeres?...

—Tengo que pedirle perdón porque le acabo de tender una trampa.

Los ojos de Catherine relampaguearon furiosamente.

Ya habían terminado de cenar e hizo un gesto para levantarse, pero Alain se lo impidió tomándola por el brazo.

—No se comporte como una chiquilla, Catherine.

—Ahora lo he entendido todo.

—¿Qué es lo que ha comprendido?

—Sólo me invitó a cenar para sonsacarme.

—Le doy mi palabra de que, aparte de eso, hay otra cosa.

—Oh, sí... No lo vuelva a repetir... Siente un interés personal por mí...

—Desde luego.

—No le creo, señor periodista.

Alain le acarició la mano y ella dio un tirón, pero él no la soltó.

—Catherine, debes hacerte cargo de que es un asunto muy grave —la tuteó—. Tú acertaste, fui detrás del comisario al Instituto... Supuse que, naturalmente, lo llevaba allí una investigación... Dos de sus inspectores se quedaron en el coche. Más tarde, logré hablar con uno de ellos, Jean Clancier, un muchacho muy ambicioso. Desde luego no me dijo que el Instituto albergase a un asesino, pero me bastó el diálogo para llegar a la conclusión de que era eso.

—No hay nada seguro, Alain.

—Está bien, pero quiero saber de qué se trata...

—No sé si te lo debo decir...

—Si se trata de una simple sospecha, te prometo no escribir nada de momento.

—Muy bien, entonces, te lo contaré.

A continuación, Catherine hizo un relato de lo que Marie Malotti había oído cuando estaba limpiando el corredor, cerca del laboratorio general, y agregó la conversación que había sostenido con la propia Marie aquel mismo día, con aquella interrupción cuando la señora Malotti creyó que alguien estaba escuchando tras la puerta.

—¿Oíste tú los pasos? —preguntó Alain.

—Sí, oí como se alejaban, pero, cuando salí, no pude ver quién era. Poco después se presentó mi compañera Helene Dasté.

—¿Pudo ser ella la que antes había escuchado?

—No lo puedo asegurar.

—Háblame de tus compañeros.

Durante un rato Catherine, informó a Alain acerca de sus colegas.

Después de escucharla, el periodista dijo:

—La verdad es que no quisiera ser científico. Todos tus amigos resultan sospechosos... Por una u otra razón, cualquiera de ellos ha podido convertirse en el estrangulador.

—No digas eso...

—Está bien, esperaremos un poco, pero creo que la señora Malotti dio la mejor pista al comisario Hougron.

—Quiero irme a casa, Alain...

—De acuerdo.

Regresaron al apartamento de Catherine.

En la puerta la joven le tendió la mano para despedirse, pero Alain se la retuvo.

—¿No me invitas a una copa?

—Ya es tarde...

—Como quieras. Entonces vendré mañana por la noche para tomar esa botella de champaña.

—Vendrás sin cenar y querrás invitarme.

—Estupendo, así tendremos la botella de champaña para Navidad.

—Quiero hablar en serio contigo, Alain.

—¿No lo estamos haciendo ya?

—Me refiero a mis colegas del Instituto.

—¿Sí?

—Creo adivinar tu pensamiento, Alain... Vas a interrogarlos, a hostigarlos...

—No tendré más remedio que hacerlo. Es mi trabajo. Preguntar a los demás.

—Creo que en este caso te equivocas. Después de todo, no sabemos si Marie Malotti oyó realmente aquellas palabras. Quizá fue producto de su imaginación...

—Lo sabré pronto.

—¿Por qué no me dejas a mí ese trabajo, Alain?

—¿A ti?

—Aunque no soy periodista, como doctora del Instituto tendré

más probabilidades y también estoy segura de que con mi discreción lograré mejores resultados.

—No, Catherine, no quiero que te metas en esto.

—Es curioso, lo mismo deseo de ti. Pero tú no me vas a hacer ningún caso, de modo que, yo también quedaré en libertad para realizar mi investigación particular.

—No, no lo hagas, Catherine...

—Ya sé, crees que te voy a espantar las piezas.

—Importa muy poco eso.

—¿Qué es entonces?

—Tu seguridad... Si hablas con el estrangulador correrás un peligro.

Catherine se echó a reír.

—No puedo imaginar a uno de mis compañeros estrechando mi cuello para ahogarme.

—Yo no lo encuentro tan extraño. Todo asesino que se siente inseguro, tiende a eliminar el obstáculo que se interpone en su camino.

—De todas formas, tendré cuidado.

—¿No puedo conseguir hacerte cambiar de opinión?

—No, Alain...

—Entonces tendré que darme mucha prisa. No me gustaría nada que ese bruto te partiese el cuello.

Alain le puso la mano en la garganta.

Luego la besó en la boca.

—¿No crees que es un buen momento para que abramos esa botella de champaña?

—No —sonrió ella—. Me gusta la idea de hacerla durar hasta Navidad. Y con ello quiero decir que te seguiré viendo... Buenas noches, Alain.

—Buenas noches...

Catherine entró en su apartamento y, al mirarse en el espejo del *living*, se sorprendió sonriendo.

Sonreía porque era feliz y lo había sido como nunca.

Eso se debía a la compañía de Alain.

¿Quizá empezaba a sentir algo por el periodista?

¿Sería que también la hembra poseía antenas para raptar ondas extrasensoriales?...

Abrió la puerta del dormitorio y se dispuso a dar a vuelta al interruptor de la luz.

De pronto una mano surgió de la oscuridad, a la derecha.

La atrapó por el brazo y tiró de ella bruscamente.

Catherine perdió el equilibrio y habría caído de no ser por otra mano que salió a su encuentro.

La joven sintió el aliento de una boca.

Sus ojos miraron aterrorizados al hombre que la había hecho prisionera.

Fue a gritar porque tenía un rostro horroroso. Entonces una de las manos le cubrió la boca.

—Silencio, Catherine... No quiero que digas nada, no te dejaré que grites.

CAPÍTULO X

Catherine asintió con la cabeza para tranquilizar a aquel hombre.

—¿Por qué has ido con él?...

Le apartó la mano de la boca para que pudiese hablar.

—No sé a quién se refiere.

—Claro que lo sabes. Anda, dime, ¿con quién has estado?

—Con un amigo.

—¿Cómo se llama ese amigo?...

—Louis.

—Mientes. No se llama Louis...

—No recuerdo su nombre.

—No lo recuerdas, ¿eh?...

La mano del hombre aferró por el cuello a Catherine.

Ella hizo un gesto para librarse de él, pero el brazo la atenazó con fuerza.

—No intentes huir...

—No puedo ir a ninguna parte. No se preocupe, no huiré.

—Empezaremos otra vez. ¿Quién es ese amigo con el que saliste?...

—Creo que usted lo sabe.

—Sí, lo sé. Es un periodista y se llama Alain Duby. Yo estoy informado de muchas cosas...

Catherine se dijo a sí misma que debía serenarse. No podía olvidar que aquel hombre había matado a tres mujeres, que los había estrangulado y ella, ahora, iba a ocupar un lugar en el censo de las víctimas.

Había visto muchas monstruosidades en su profesión y aquel hombre era una más.

—¿Por qué saliste con él?...

—Vino a invitarme a cenar...

—Pudiste decirle que se buscara otra compañera.

—¿Con qué derecho me hace esa pregunta?... Yo elijo a mis propios amigos.

Las manos de aquel hombre apretaron más su cuello. Catherine dijo:

—Cuidado, me va a ahogar.

—Sí, tienes un cuello muy fino. Bastaría una leve presión de mis dedos para que tus vértebras saltasen...

—Sí, imagino que sí. Usted tiene mucha fuerza... Es un hombre muy robusto.

—¿En qué estás pensando?...

—En nada.

—Mientes otra vez. Estás pensando en mi identidad.

—No le comprendo.

—Claro que me entiendes. Piensas que puedo ser uno de tus compañeros en el Instituto Experimental de Biología.

Catherine sintió que todo su cuerpo se estremecía.

—No, usted no puede ser uno de mis colegas.

—¿Por qué no?

—Los conozco bien a todos y usted no se parece a ninguno.

Aquel hombre abrió su boca y soltó una carcajada terrible.

—Eso resultó divertido... ¿Crees que esta cara que tengo es la mía?...

La joven se quedó asombrada.

¿Cómo no lo había descubierto antes?... Aquel hombre no podía poseer aquella cara o, de lo contrario, sería un personaje muy conocido.

Pero ¿cómo había logrado aquel rostro?... No llevaba máscara. ¿Y qué le pasaba a sus manos?... ¿De qué forma conseguía aquellos dedos que parecían hechos con arcilla blanda y que, sin embargo, poseían el vigor de unos tentáculos?

—¿Cómo se transforma?

—No he venido aquí para hacerte partícipe de mi secreto.

—¿Pero qué le pasa a usted?... ¿Por qué mató a esas mujeres?

—Merecían la muerte.

—¿Usted las conocía?...

—Ya basta de preguntas... Les di un descanso, el que merecían.

Una mano aflojó su presión sobre el cuello de Catherine y ésta

respiró un poco aliviada. Pero en cualquier momento aquel monstruo se enfadaría de nuevo.

Sí, otra vez la atraparía por el cuello y, como había dicho, con un simple movimiento le partiría las vértebras.

Tenía que escapar de allí. Era su única salvación.

—¿Por qué odia a las mujeres?...

—No las odio en general. Sólo a las que se entregan a los hombres, a las que convierten su cuerpo en una mercancía... Naturalmente, no todas son mujerzuelas... Hay mujeres decentes con esposo y con hijos, que también buscan a otro hombre... Me he de ocupar de ellas.

Catherine ya no tuvo duda de que aquel hombre tenía la mente desequilibrada.

¿Cuál de sus colegas estaba loco?...

No, nunca podría averiguarlo porque no iba a tener tiempo para ello.

¿Pero por qué la iba a matar a ella?

No era una mujerzuela, ni había estado buscando a un hombre.

Tragó saliva para hacer su siguiente pregunta.

—¿Por qué me ha elegido a mí?...

—¿Por qué? —repitió él.

—Yo no soy una de esas... ya me entiende.

—Sí, te comprendo perfectamente. No eres de éstas, pero te vas a convertir en una de ellas.

—No tiene derecho a decirme eso...

—Todo consiste en empezar, en dar el primer paso y tú ya lo diste...

—No.

—Sí, Catherine, ya diste el primer paso con ese periodista.

—Sólo estuvimos cenando...

—Conociste a ese hombre y aceptaste su invitación... Has estado horas con él...

—A mí me pareció muy poco tiempo.

Catherine se arrepintió de decir aquello.

Los ojos del hombre la estaban mirando fijamente. Otro escalofrío la sacudió de la cabeza a los pies.

La mano la volvió a atrapar por el cuello.

La joven supo que la separaban de la muerte unas fracciones de

segundo.

Con sus últimas palabras había despertado la furia de aquel ser infrahumano.

De repente, sonó el timbre de la puerta.

Catherine sintió como la mano del hombre aflojaba nuevamente su presión.

—¿Quién es? —preguntó la horrible cara.

—No lo sé...

—Tienes que saberlo.

—¡Le digo que no!

—Ya entiendo, es el periodista.

—Le digo que no. Se despidió.

El timbre de la puerta sonó de nuevo.

—Debo abrir.

—¿Por qué tienes que abrir?

—A estas horas siempre estoy en casa y, quienquiera que sea, le extrañará que no abra.

—Puedes estar dormida.

—Yo tengo el sueño ligero. Los que me conocen lo saben.

—Vaya, tienes una respuesta para todo.

En aquel momento Catherine oyó la voz de Alain Duby.

—Eh, Catherine, ¿por qué no abres?...

Los dedos del hombre aferraron su cuello.

—Es ese maldito... Ya entiendo, lo citaste... Fue a por alguna cosa mientras tú te desnudabas.

—Le juro que no acordé nada con él.

—¿Por qué vuelve entonces?

—Habrá olvidado algo... No lo sé. No sé por qué ha vuelto... Pero no se preocupe, déjeme que hable con él.

—¿Para qué?... ¿Para decirle que estoy aquí?...

—No, de ninguna forma.

—¿Crees que soy un estúpido?... En cuanto llegases a su lado, te pondrías a gritar para advertirle contra mí...

—No...

—Calla de una vez. No vine aquí a matarte, ¿lo oyes?... No, no vine a matarte sino a acariciar tu cuerpo. Tu piel es muy fina, me gusta...

Otra vez sonó el timbre.

—Catherine, ¿qué te pasa? —gritó Alain—. Si no abres ahora mismo, echaré la puerta abajo...

Aquel hombre la atrajo hacia sí.

Catherine vio muy cerca su cara llena de hoyos y de arrugas.

—Voy a marcharme... No necesito la puerta para hacerlo. Trepo muy bien, ¿sabes?... Es una de las muchas habilidades que poseo... Pero volveré... ¿Lo oyes, Catherine?...

Ella movió débilmente la cabeza.

Le parecía imposible que aquel monstruo se fuese a marchar sin hacerle daño.

—Eres adorable, querida, y será mejor que no me traiciones con ese estúpido periodista... Yo tengo mucho más talento que él...

Alain ya estaba empujando la puerta.

—Es impetuoso ese Alain Duby, pero dejará de serlo cuando esté descansando en un ataúd.

Aquel hombre horrible empujó a Catherine contra la pared y caminó hacia la ventana que estaba abierta.

La joven lo vio desaparecer por el hueco impulsándose hacia arriba, con la misma agilidad que un artista circense.

Entonces, ella dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta que Alain estaba empujando.

—¡Ya te abro, Alain!...

El periodista entró en el *living* y Catherine se echó en sus brazos, sollozando.

Alain la estrechó contra sí.

—¿Qué pasaba, Catherine?

—¡El monstruo!... ¡El estrangulador!...

—¿Estaba aquí?

—Sí.

Alain la apartó de sí.

—¿Dónde?...

—Ahí dentro, en el dormitorio, pero no hace falta que lo busques... Huyó por la ventana hace unos instantes...

—¿Por qué dices que es un monstruo?

—Porque si tú lo vieses llegarías a la misma conclusión que yo... Tiene una cara horrible.

Catherine cerró los ojos.

—Estás temblando de frío —dijo Alain y la estrechó de nuevo.

—Debería estar muerta...

—¿Por qué vino aquí?...

—Creo que está enamorado de mí... Sí, ese monstruo me quiere...

—Pero ¿por qué de pronto dejó de atacar a la clase de mujeres que eran su especialidad y ahora se dedicó a ti?

—Tú lo provocaste.

—¿Yo?...

—Sí, Alain, está celoso de ti...

—Eso quiere decir que no nos equivocamos. Es uno de tus compañeros del Instituto.

—Yo también empiezo a creerlo... ¿Por qué volviste?

—Se me olvidó decirte que te quiero...

—¿Sólo viniste a decirme eso?...

—¿Te parece poco?...

—Oh, no —sonrió ella—. Gracias a ese olvido, me librate de él...

Alain la besó en los labios.

De pronto, ella se apartó, diciendo:

—¡Alain, él volverá!... ¡Lo dijo...!

—Hablaremos con el comisario Hougron...

CAPÍTULO XI

El comisario Hougron había escuchado atentamente el relato de Catherine, con las interrupciones que de vez en cuando hacía Alain Duby.

Los inspectores Clancier y Dutourd estaban al fondo de la estancia.

Al fin, la joven terminó, y Hougron sacudió la cabeza.

—Tengo que darle una mala noticia, doctora Vanel... Ese hombre, ese monstruo, mató a Marie Malotti.

—Oh, no...

—La estranguló como a las otras mujeres... Yo ignoraba la clase de conversación que usted sostuvo con ella en el laboratorio y que alguien las había sorprendido... Por eso no juzgué necesario vigilarla.

Catherine se apretó las sienes con la mano derecha.

—Pobre Marie...

—Está claro que ese hombre, después de matar a Marie Malotti, fue a su apartamento. Pero lo más simple de todo es que el loco es uno de sus colegas, doctora Vanel.

La joven dio un suspiro.

—Alain y yo opinamos lo mismo que usted.

Clancier que, como siempre, quería hacer méritos, dijo:

—¿Nos ponemos en marcha, comisario?...

—¿Para qué?

—Para traer aquí a todos los sospechosos.

—Resbalarían por entre nuestros dedos como anguilas. No tenemos ninguna prueba... ¿A quién debemos acusar?...

—Los interrogaremos uno a uno y al final tendrán que...

Clancier se interrumpió al darse cuenta de que sus palabras tenían muy poco sentido.

El comisario dio un manotazo en el aire.

—Cierra la boca, Jean.

—Sí, jefe. Pero yo creí que...

El comisario le dirigió una furiosa mirada y Clancier cerró definitivamente la boca.

Hougron sacó un caramelo del bolsillo, y se puso a quitarle la envoltura.

—Tengo que pedir su colaboración, doctora Vanel.

Alain lo interrumpió.

—Idea rechazada, comisario.

—¿Qué dice?...

—Ya lo ha oído, la doctora Vanel no colaborará con usted.

—No sabe siquiera de qué estoy hablando.

—Claro que lo sé, y apuesto mi sueldo...

—Diga, señor Duby...

—Quiere utilizar a la doctora Vanel para cebar el anzuelo...

—Sí, eso es... Y me temo que es la única forma de echar mano al asesino...

—Tendrá que pensar en otra cosa.

—¿Por qué no deja que sea ella quien responda?

Catherine tomó una mano de Alain y la apretó.

—Sí, Alain, deja que conteste yo.

—Como tú quieras, pero ya te he puesto en guardia.

—¿Cuál es su plan, comisario? —preguntó la joven.

—Ahora lo verá —el comisario hizo una pausa para meterse el caramelo en la boca—. Ese asesino está enamorado de usted...

—Lo admito como posible.

—Fue a su apartamento porque se sintió celoso de Alain Duby...

El monstruo le dijo que volvería, pero pueden pasar muchos días, semanas, antes de que eso ocurra... Así las cosas, he pensado que podríamos provocar una visita más rápida.

—¿De qué forma?

—Anunciando su boda con Alain Duby.

—¿Cómo?...

—Naturalmente, ese matrimonio sería una pura invención...

Alain Duby protestó.

—No cuente conmigo...

—No hace falta contar con usted. Me basta con el consentimiento de ella.

—Tratándose de un matrimonio, tendremos que consentir los dos.

—No se haga ilusiones. Ya le he dicho que la boda es una farsa.

—No permitiré que utilice mi nombre.

El comisario dio un suspiro.

—Doctora Vanel, una mujer valiente se sentó hace muy poco en el sillón donde usted se encuentra ahora. Usted la conocía mejor que yo. Era Marie Malotti... Vino para denunciar al asesino, aun cuando ignoraba su identidad... Sólo le sirvió para una cosa, desgraciadamente... Para morir... Ahora la necesito a usted...

Alain Duby gritó:

—¡Está utilizando los peores procedimientos para embaucar a la doctora, comisario!... Me decepciona mucho... Pero la doctora Vanel no va a ofrecer su cuello al criminal para que usted se apunte una victoria.

—¿Cómo puede hablar así, señor Duby?... ¿Cree que esto es un estadio deportivo para hablar de victorias?... Sólo se trata de hacer justicia. Ese hombre es un peligro y, de todas formas, ha anunciado su visita a la doctora Vanel. Ello quiere decir que, suponiendo que la doctora se negase a colaborar, tendríamos que montar una vigilancia alrededor de ella... Sabemos que el monstruo está enamorado de la doctora Vanel, pero imagino que ella no está enamorada en absoluto de él... Con ello quiero decir que la doctora estará en peligro constantemente. Es ese riesgo el que yo quiero eliminar, y sólo podremos conseguirlo capturando al estrangulador.

Alain fue a responder, pero los argumentos del comisario habían sido demasiado convincentes y no encontró las palabras adecuadas.

—Comisario —dijo Catherine—. Cuente usted conmigo...

—No sabe cuánto se lo agradezco, pero tendrá que convencer a Alain Duby.

La joven miró a los ojos del periodista.

—Alain, creo que no podemos elegir.

El periodista se frotó vigorosamente la mejilla y finalmente sacudió la cabeza.

—De acuerdo, comisario. Puede disponer de mi humilde persona para ese matrimonio.

El comisario sonrió diciendo:

—Pues se lleva una mujer muy linda... Tendrá que ser yo el que

le recuerde de vez en cuando que sólo se trata del montaje de una trampa.

—No, comisario —repuso Catherine—. No habrá necesidad de que usted lo haga... Me temo que tendré que recordárselo yo.

El comisario se quedó pensativo y luego dijo:

—Doctora Vanel, mañana mismo anunciará usted a sus compañeros su decisión de casarse con Alain Duby. Estudie sus reacciones.

CAPÍTULO XII

El doctor Henri Vanderen se echó atrás en el respaldo de su sillón.

—¿Está segura de que ha tomado una buena decisión, doctora Vanel?

—Lo estoy absolutamente.

—Creo que no ha sopesado bien las cosas... Si usted se casa, puedo pronosticarle que, tarde o temprano, abandonará sus experimentos...

—Pienso seguir realizándolos, doctor.

—Eso es lo que dice ahora, pero llegarán los hijos y entonces, se acabó.

—Ha habido muchas investigadoras que se han casado y hasta tuvieron hijos... Mujeres que prestaron grandes servicios al mundo...

—Siempre hay excepciones, doctora Vanel. Además esas investigadoras se casaron con hombres de su misma profesión...

—Yo no me he enamorado de ninguno de mi profesión.

—Oh, sí, ya lo sé. Quiere a un periodista, y eso es lo catastrófico.

El director del Instituto Experimental de Biología dio un suspiro y cruzó los dedos de las manos.

—Un periodista lleva una intensa actividad social...

Le es necesaria a su vida como el agua al pez... Trabaja en función de sus relaciones con las demás personas. La vida de un investigador es todo lo contrario... Y si quiere obtener resultados ha de hacer el enorme sacrificio de olvidar el mundo que le rodea, de sumergirse en el que él ha creado... Si usted se casa con ese periodista, perderá absolutamente su libertad.

—Todo es cuestión de disciplina, doctor Vanderen.

—Sí, es posible, pero si usted limita sus relaciones con su marido, su matrimonio saltará en pedazos... Perdone que le hable

con esta franqueza, pero es lo que pienso, y mi deber como director de este Instituto es aconsejar a las personas que colaboran con nosotros.

La joven se levantó del sillón.

—Es usted muy amable, doctor Vanderen...

—No quiero que considere mis palabras como una intromisión en su vida privada.

—¿Qué otra cosa es?

El doctor Vanderen pegó un puñetazo en la mesa.

—Está bien, doctora Vanel, me he entrometido en su vida privada, pero ya le he dicho que era mi obligación. No lo hago ni siquiera por usted misma, sino por la Ciencia. Eso es lo único que importa... La tengo en gran estima, doctora Vanel. Sé que es una mujer capacitada, y que los hallazgos que ha conseguido hasta ahora en su especialidad son pequeña cosa en comparación con los grandes descubrimientos que usted haría en un futuro... Pero debo perder toda esperanza de que usted logre algo efectivo. Le aseguro que, mentalmente, doy por terminada su carrera como investigadora... Ahora yo espero que usted proceda con honradez y rigor científico.

—¿Qué quiere decir?

—Si lleva a efecto su matrimonio, le ruego que presente su dimisión.

—No voy a hacer lo que usted me pide.

—Espero que lo piense más detenidamente.

—Ya está pensado, doctor Vanderen. Me casaré y continuaré investigando.

La joven estaba furiosa. Dio media vuelta y salió del despacho del director.

Tenía que pasar por el laboratorio general para hacerse cargo de tres cobayas. Por fin había llegado su pedido.

Entró en aquella sala.

No vio a nadie y fue hacia la gran mesa en donde estaban las jaulas individuales.

Observó atentamente una docena de animales y eligió los que debía llevarse.

—No selecciona bien —oyó de pronto una voz a su espalda.

Dio un grito sobresaltada.

Era el doctor Joseph Limat, el especialista en defensas del organismo.

—No lo oí llegar, doctor Limat.

—Me deslizo con bastante ligereza y suavidad.

Catherine miró los grandes ojos del doctor Limat un poco asustada porque las palabras que acababa de pronunciar eran muy parecidas a las que había oído en boca de aquel ser horroroso que la visitó la noche anterior.

El doctor Limat señalaba una de las jaulas que Catherine había apartado.

—Esa cobaya no le sirve.

—¿Por qué no?

—Tiene una enfermedad en el cerebro.

—¿En el cerebro?

—Desde luego.

—¿Cómo lo sabe?

—Es la mar de sencillo. Yo la elegí antes que usted y la estuve estudiando en mi laboratorio... Hablé de ello con el doctor Vanderen. Es un buen ejemplar para sus experimentos... Pero no para los de usted...

—Está bien, doctor Limat. Elegiré otra cobaya.

—Ésa es buena, la segunda a la derecha.

—Gracias.

La joven tomó sus tres jaulas.

—Hasta luego, doctor Limat.

—Espere un momento.

El doctor Limat la había atrapado por un brazo y sus dedos la apretaban con fuerza.

—¿Por qué se va a casar?

—¿Quién le ha dicho que me voy a casar?

—Iba a entrar en el despacho del doctor Vanderen y me detuve al oír voces...

—Entiendo. Pero pudo haber entrado. No había ningún inconveniente.

—Pensé que no era correcto.

—Sin embargo, se quedó allí para escuchar.

—Sí, no pude resistir la tentación... El doctor Vanderen tenía razón. No debe casarse con ese hombre...

—Es de él de quien yo me he enamorado.

—El amor sólo es una secreción de jugos... Usted debería saberlo como científica.

—Soy científica, señor Limat, y considero el amor como algo muy por encima de su definición.

—¿De veras? ¿Qué es el amor para usted?

—Siento no poder decírselo. Pero usted no lo comprendería.

—No se case con ese hombre —dijo el doctor Limat con energía.

—Por fortuna, soy libre de adoptar las decisiones que se refieren a mi futuro, doctor Limat. Y ahora perdone... Estuve esperando estas cobayas y retrasé mis experimentos.

Creyó que el doctor Limat no le soltaría el brazo. Pero se equivocó. Su colega la dejó libre.

CAPÍTULO XIII

Catherine ya había iniciado la nueva etapa de sus experimentos.

La puerta se abrió de golpe a sus espaldas.

Vio quién era su visitante. La doctora Helene Dasté.

—Catherine, tú no puedes hacer eso...

—He tomado todas las precauciones con las cobayas y se encuentran perfectamente.

—¡No me refiero a las cobayas, sino a ese maldito hombre! ¡A ese periodista que quiere casarse contigo!...

—Perdona, Helene, pero soy yo quien quiere casarse con él...

—¡No lo consentiré!

—¿Qué dices?

Helene Dasté estaba respirando entrecortadamente.

Dio unos pasos hacia Catherine. Sus ojos llameaban furiosos.

—Siempre te he creído una mujer inteligente, Catherine. Tú no puedes consentir que un hombre vulgar destroce tu cuerpo...

—Creo que vas demasiado lejos, Helene.

—Sólo quiero evitar tu ruina.

—Voy a ser feliz con ese hombre.

—¿Qué sabes tú de la felicidad, Catherine?

—Me tratas como si fuese una niña.

—Y es lo que eres... Sólo una chiquilla... Ese hombre te ha hipnotizado.

Catherine rió.

—Te recuerdo que las reacciones del ser humano son mi especialidad...

—Pues esta vez fracasaste...

—Yo no lo creo así.

—No puedes estar enamorada de él... ¡No quiero que lo estés!...

—Helene, no me gustan tus palabras.

—Soy una estúpida por haber venido aquí... Sabía que no iba a

conseguir nada. Lo sabía porque desde el primer momento te vi interesada por ese hombre...

En aquel momento, el doctor Monjou entró en el laboratorio.

—Buenos días —dijo—. ¿Puedo felicitarla, doctora Vanel? Espero que logre la mayor dicha del mundo...

—Gracias, doctor Monjou.

—Sé lo que opinan mis colegas acerca del matrimonio... Pero yo no pienso igual.

La doctora Dasté rió con sarcasmo.

—¿Qué piensa usted del matrimonio, doctor Monjou? ¿Quizá que es el estado perfecto del hombre y de la mujer?

—Sin lugar a dudas.

—Imagino que está bromeando.

—No, no estoy bromeando, doctora Dasté... La Humanidad maneja un montón de tópicos, y la mayoría de ellos sólo sirven para encubrir fracasos o complejos... Tenemos una prueba de ello en lo que respecta al matrimonio. Un artista no llega a triunfar porque se casó. Eso es muy común, se dice continuamente... Novelistas, pintores, músicos, recurren a esa excusa, a que se casaron y no pudieron llegar... Es absolutamente falso... El genio florece en las peores condiciones...

—Su teoría es absurda, doctor Monjou —repuso la doctora Dasté—. Según ella, los hombres que están en la cúspide, los que tienen el poder político, los que rigen el arte, las ciencias, son genios, cuando la realidad nos demuestra día a día que la mayoría son unos mediocres.

—Se está usted apartando de la cuestión.

—¿No cree que eso también es un tópico?

—No, es la verdad. Yo no discutía si los hombres que están en lo alto son genios o mediocres. Es otro problema que no se resolverá en muchos centenares de años... A ese respecto, estoy de acuerdo con los estudios del doctor Vanderen. Llegará un momento en que los mediocres sólo ocuparán puestos mediocres... La Humanidad tendrá a su disposición aparatos medidores de la inteligencia del ser humano desde su nacimiento. Pero hasta que eso ocurra, hemos de aceptar las reglas del juego. Si es usted imparcial, admitirá que ése no era el tema de discusión... Hablábamos del matrimonio y de su influencia en la vida de los científicos. Opino que el matrimonio es

un factor de equilibrio y que nosotros somos las personas más necesitadas de él... Ese equilibrio nos es fundamental para llevar adelante nuestro trabajo... Yo estaba tan equivocado como usted, Helene. No me casé porque creí que el matrimonio sería un obstáculo en mi carrera... Abandoné a la mujer que me amaba. Eso ha sido fatal para mí. Desde entonces no he encontrado descanso. Sí, mis trabajos son brillantes. Es lo que dicen. Pero yo los considero insignificantes porque soy un hombre desequilibrado... Cátese, señorita Vanel. Acepte a ese hombre como esposo. Sólo podrá obtener beneficios de su matrimonio. Se lo aseguro.

El doctor Monjou se encaminó hacia la salida.

—Alfred —dijo Catherine.

El doctor se detuvo y miró a la joven, la cual agregó:

—No voy a olvidar fácilmente sus palabras. Todo lo que dijo fue muy hermoso.

El doctor Monjou sonrió y salió definitivamente del laboratorio.

—Estúpido —exclamó Helene Dasté.

—¿Por qué lo insultas?

—Porque no es otra cosa... Puedo agregar que es un ser inferior... Desde hace algún tiempo pensé que su fachada cubría un hombre vulgar.

—Todo lo que él ha dicho me parece razonable.

—Me decepcionas nuevamente, Catherine.

—Lo siento.

—¿Cuándo te vas a casar?

—Dentro de tres días.

—En tres días cambiarás de idea.

—No, no voy a variar.

—Espero que lo hagas por tu bien.

—¿Me amenazas?

—No, querida, yo no te puedo amenazar... Sólo te digo que, si persistes en tu decisión de casarte con ese periodista, vas a ser muy desgraciada.

—Voy a ser muy feliz.

La doctora Dasté apretó los maxilares con fuerza.

—Como tú quieras, Catherine. Cada persona es libre de elegir su destino...

Se dirigió rápidamente hacia la salida y salió sin volver la

cabeza.

Catherine exhaló el aire de sus pulmones.

La noticia de su matrimonio estaba produciendo una gran conmoción entre sus compañeros del Instituto.

En aquel momento sonó el teléfono.

—¿Sí?...

—Hola, nena —era Alain Duby—. ¿Qué tal van las cosas por ahí?...

—Estoy sufriendo un terremoto...

—¿Todos están en contra?

—No, tengo un defensor.

—¿Quiénes?

—El doctor Alfred Monjou...

—El especialista en la reproducción celular, ¿eh?

—Sí, Alain... Hace un momento discutió con la doctora Dasté. Ella era el fiscal y Monjou mi abogado... También están en contra los doctores Vanderen y Lamat...

—Sólo falta el enamorado tímido... ¿Qué dice él?

—Todavía no he visto al doctor Barratier... Pero voy a sentir el hacerle daño.

—Eres una mujer con muy nobles sentimientos... Tengo que dejarte. Me llama el director... Recuerda, nena, a las doce en el restaurante Garmiel...

—¿Crees que lo puedo olvidar?

Catherine colgó el teléfono y se quedó pensativa.

El doctor Barratier debía saber ya la noticia.

Había sido publicada en los diarios de la mañana y, por añadidura, sus compañeros estaban ya enterados de su próximo matrimonio.

¿Acaso Barratier había decidido no hablar con ella?

Sí, era muy posible que adoptase aquella actitud para ignorarla.

Se dedicó a sus experimentos.

Sorpresivamente se dio cuenta de que miraba con demasiada frecuencia el reloj. ¿Por qué?

«Debes ser sincera contigo misma, Catherine. Miras el reloj porque estás deseando que las manillas lleguen a las doce. A esa hora estás citada con Alain en el restaurante Garmiel. Has quedado atrapada en tu propia trampa. Tu matrimonio es una farsa, pero hay

momentos en que lo crees un hecho real. Sí, Catherine, confíésalo, deseas casarte con Alain y, sobre todo, ansias que él te estreche entre sus brazos, que te bese en los labios. Muchacha, ésa es la única verdad. Estás enamorada de Alain Duby».

Desechó aquellas ideas y continuó trabajando.

A las once y media, se dio cuenta de que le faltaban tubos de ensayo.

Tendría que ir al sótano, ya que estos tubos no estaban en el laboratorio general.

Abrió la puerta del sótano y bajó por la escalera después de dar la vuelta al interruptor de la luz.

Los cajones con los tubos estaban al fondo, junto a la pared.

Eigió una docena de distinto tamaño.

De repente, la luz se apagó.

Catherine no llegó a gritar.

Se quedó inmóvil, como una estatua, conteniendo la respiración.

Estuvo a punto de preguntar: ¿Quién anda ahí? Pero con eso sólo conseguiría una cosa, ser localizada más pronto.

Se retiró poco a poco de aquel lugar por si alguien había entrado y la había visto.

Otra vez se quedó quieta, prestando atención.

No oyó ningún ruido.

No, nadie había bajado la escalera.

Entonces, se dijo que el apagón de luz podía deberse a una avería.

¿Por qué entonces no se dirigía hacia la escalera? Tenía sentido de la orientación. No tropezaría con nada porque retenía en su memoria el camino.

Echó a andar, pero entonces oyó un crujido. Estaba segura de que procedía de la escalera.

Había sido el ruido de un zapato.

Retrocedió rápidamente.

Sí, ya no tenía ninguna duda. Alguien estaba bajando los peldaños.

Iba a su encuentro.

—¿Quién es?...

No obtuvo ninguna respuesta.

Ahora escuchó una respiración.

La otra persona que había allí estaba a unos cinco metros.

—Por favor, conteste, ¿quién es?...

—Soy Michael.

—Michael, ¿qué haces aquí?...

—Te he venido siguiendo.

—¿Por qué?

—Porque quería estar a solas contigo.

—Has podido venir a mi laboratorio y allí podríamos haber estado solos.

—Es mejor aquí.

—¿Con la luz apagada?...

—Sí, con la luz apagada.

Todavía no lo veía. Michael estaba sumergido en la oscuridad.

—Me has traicionado, Catherine.

—Michael, ¿por qué dices eso?

—Porque te vas a casar con otro hombre...

—Yo le quiero...

—No, no lo amas, es sólo un espejismo.

—Conozco mejor que nadie mis propios sentimientos, Michael...

—¿Cuántas veces has visto a ese periodista?... Anda, dímelo. ¿Dos? ¿Tres veces?... Te has dejado embaucar por él...

—No es la palabra exacta. Estoy enamorada...

—Te repito que es sólo un espejismo. Él es simpático, jovial. Lo tiene que ser para desarrollar sus actividades... Nosotros nos encontramos en el polo opuesto. Somos serios, demasiado serios... Ese contraste es lo que te ha equivocado.

—Michael, he tenido mucho tiempo para pensarlo.

—¿Mucho tiempo? ¿Cuántos meses?... ¿Cuántos años?

—El enamorarse de una persona no es cuestión de meses o de años.

—Oh, sí, claro... Después de todo, una mujer y un hombre son como animales. El macho se siente atraído por la hembra, y viceversa.

—Eres injusto.

—No, no lo soy... Yo te he estado queriendo durante mucho tiempo, pero no me atreví a decírtelo. Pensé que, entre un hombre y una mujer de ciencia, los sentimientos eran fácilmente identificables... Pensé que tú te darías cuenta de que estaba loco

por ti...

—Perdóname, Michael...

—No, no te puedo perdonar. A menos que...

—Continúa.

—A menos que rompas tu compromiso con Alain Duby.

—No puedo hacer tal cosa.

—¡Tienes que hacerlo!... Desde que supe la noticia, mi cerebro está lleno de imágenes sucias... Sí, Catherine. Imágenes en las que te veo con él, en la intimidad... en el dormitorio...

—Cállate.

—¡No me callaré!... Tú solo puedes ser para mí... No voy a consentir que ningún otro hombre te toque... ¿Lo oyes?... ¡Ningún otro hombre!...

—Estás muy excitado, Michael.

—Sí, es posible que lo esté.

—Salgamos de aquí, Michael.

—¿Por qué quieres marchar?

—Necesito respirar un poco de aire.

—No es eso. Me tienes miedo.

—No, Michael, no puedo tenerte miedo. Hemos sido buenos compañeros, nos hemos llevado bien...

—Eso ocurrió hace mucho tiempo...

—Seguiremos siendo amigos.

El doctor Barratier rió sarcásticamente.

—Me quieres dorar la píldora, como se dice vulgarmente...

Sintió como su colega se movía y ella retrocedió otra vez. Pero de repente encontró a su espalda la pared.

—Michael, quédate ahí... Reflexiona...

—Ya reflexioné bastante —dijo Barratier y continuó andando.

—¿Qué vas a hacer?...

—Vengarme.

—No te entiendo.

—Sí, vengarme de ti porque me has tratado como si fuese una de tus cobayas... Anda, confíésalo, me utilizaste como experimento. Es eso, ¿verdad?...

—Oh, no, Michael, de ninguna forma...

Estaba llegando junto a ella.

Ahora podía ver perfectamente sus ojos que brillaban como

ascuas.

—Michael, detente...

Pero el doctor Barratier no se detuvo y se lanzó sobre ella.

Catherine dio un chillido.

En ese momento se encendió la luz.

Michael se detuvo a sólo un paso de la joven.

Los dos volvieron la cabeza hacia la escalera.

Allá arriba estaba el doctor Monjou.

—¿Qué pasa?... —preguntó éste.

Michael Barratier se mojó los labios con la lengua. Tartamudeó.

—Vine aquí por... tubos de ensayo...

Sin dar otra explicación se movió hacia los cajones, tomó tres tubos y se encaminó resueltamente hacia la escalera.

Catherine dio un suspiro mientras relajaba su cuerpo.

El doctor Barratier pasó junto a Monjou y salió del sótano.

Monjou preguntó:

—¿Le hizo daño, doctora Vanel?

—No.

—Parecía un loco... Quizá lo esté.

La joven movió la cabeza en sentido negativo.

—No, doctor Monjou, no lo creo. Michael solo estaba nervioso, pero se le pasará.

—Parece que ha encajado muy mal la noticia de su boda.

—Sólo usted está de mi parte.

El doctor Monjou sonrió.

—Quizá se deba a que yo soy más humano que ninguno de ellos.

Inmediatamente, dio media vuelta y salió del sótano.

Catherine permaneció inmóvil. Se dijo que debía salir de allí cuanto antes porque Michael Barratier podía volver y, entonces, no tendría tan a mano al doctor Monjou para salvar la situación.

CAPÍTULO XIV

—Estoy asustada, Alain. Me da vergüenza confesarlo, pero es la verdad.

—Catherine —dijo Alain tomando entre sus manos las de la joven—. No tienes que avergonzarte de eso, es un sentimiento muy femenino.

—Pero es mi cuello el que está en juego.

—Oh, sí, desde luego.

—Y por muchos milagros de la cirugía que hayas oído, por ahora no se puede sustituir una cabeza por otra...

—Entiendo —repuso Alain—. Pero todavía estamos a tiempo de dar marcha atrás.

—¿Qué sugieres?

—Que abandonemos.

—No podemos hacer eso. Dejaríamos en la estacada al comisario Hougron.

—Tú no eres policía y yo tampoco lo soy. El comisario Hougron tiene la obligación de capturar a ese asesino. Para eso le pagan.

La joven dirigió una mirada hacia la mesa donde se encontraban los inspectores Clancier y Hamon, los encargados de su vigilancia.

Los policías se turnaban en aquel trabajo y hasta ahora lo llevaban con mucha precisión, siguiendo las órdenes del comisario.

Justamente en aquel momento entró el hombre del que hablaban, el comisario Hougron.

Dirigió una rápida mirada a dónde se encontraban sus subordinados y luego se encaminó a la mesa de los jóvenes.

Catherine le había informado por teléfono de los incidentes que se habían producido en el Instituto aquella mañana, cuando anunció su boda.

Hougron se dejó caer en una silla y dijo:

—Hay sorpresas...

Alain repuso:

—Comisario, parece que se pone a tono con las circunstancias. Catherine recibió muchas esta mañana. Agregue la suya.

El comisario arrugó la nariz ante el tono divertido del periodista.

—Michael Barratier fue expulsado de la Facultad de Medicina de Viena, donde cursó estudios de ampliación hace diez años.

—¿Por qué lo expulsaron? —preguntó Catherine.

—Por algo muy desagradable —el comisario hizo una pausa—. Lo sorprendieron robando en la Morgue el cadáver de un hombre que había muerto tan sólo una hora antes... Ya se pueden imaginar para qué lo quería... Su especialidad son los injertos.

Catherine se había quedado pálida.

El periodista preguntó:

—¿Qué clase de experimento quería hacer, comisario?

—Pretendía trasplantar el cerebro al cuerpo de un hombre que conservaba en su laboratorio clandestino desde hacía una semana. Se las había arreglado para mantener el riego sanguíneo.

—¿Cómo ha sabido eso?... —inquirió Catherine.

—Por la policía vienesa. Pedí información de todos los sospechosos del Instituto a la Interpol.

—¿Qué pasó con Michael después que fue sorprendido?

—Tan sólo fue amonestado en principio. Pero, una semana más tarde, decidió abandonar la Universidad. No sé cómo se las arreglaron para no armar escándalo. Era un asunto demasiado sórdido.

—Pero eso no tiene nada que ver con el monstruo. Recuerde, comisario, que yo he visto su cara, es horrorosa... No se puede conseguir ese rostro con un trasplante...

—¿Está segura de que es imposible?...

La joven titubeó.

—Me atrevería a asegurar su imposibilidad.

—Pero no podría jurarlo...

—No, comisario. No podría jurar nada con respecto a la ciencia... Se demuestra día a día que la mente humana es capaz de conseguir lo más insospechado.

—Sí, ya lo suponía.

El comisario Hougron se levantó.

—Para su tranquilidad, debo advertirle que no sólo usted está

vigilada.

—¿Quiere decir que también lo están mis compañeros?

—Sí, uno a uno, son observados por mis hombres. Estoy enterado de sus menores movimientos... Cómo ve, he adoptado todas las precauciones.

—Gracias, comisario.

Hougron soltó un gruñido por lo bajo y, después de hacer un saludo, se dirigió hacia la calle.

Antes de salir echó una nueva mirada a sus subordinados, pero no les hizo ninguna señal.

Catherine dio un suspiro.

—Bueno, al parecer estoy bastante segura... No tengo por qué preocuparme. El comisario Hougron vela por mi integridad física — al tiempo que decía eso se pasó una mano por el cuello, porque no pudo evitar un estremecimiento.

Era ya de noche.

Las nubes se habían acumulado sobre París y presagiaban una tormenta. Pero todavía no había empezado a llover.

A lo lejos se veía, de vez en cuando, el resplandor de un relámpago.

Catherine salió del Instituto y Alain fue a su encuentro.

—Hola, nena.

—¿Por qué has venido?...

—Tuve un rato libre.

—No te creo. Estás preocupado por mí.

—Está bien, pero es lógico que me preocupe por la mujer con la que me voy a casar...

—Recuerda, es una farsa...

—Oh, sí, perdona, estamos representando una comedia aunque tú te reservaste el papel más importante... Anda, ven a mi auto. Ya está lloviendo.

Entraron en el «Florida» de Alain.

—Te invito a una copa, Catherine.

—No, prefiero ir a casa.

—¿Por qué tanta prisa?... Podemos estar juntos un rato.

—Le prometí al comisario que obedecería sus órdenes y él me pidió que me fuese a casa en cuanto saliese del Instituto.

—A ese Hougron tendré que ajustarle las cuentas.

Alain puso el auto en marcha.

Estaban silenciosos.

—¿Sigues con el miedo?... —inquirió Alain.

—Lo tengo metido hasta el tuétano...

—Nunca debiste aceptar el juego del comisario.

—No digas eso. Al fin y al cabo, estoy colaborando con la justicia... ¿Has visto si viene detrás de nosotros el coche de la policía?...

—Sí, no te preocupes. Nos siguieron en cuanto nos pusimos en movimiento. Tus guardias de corps se portan bien hasta ahora.

Llegaron ante la casa de Catherine.

La joven se volvió sonriente hacia Alain.

—Hasta mañana...

—Deja que suba contigo.

—No.

—Imagino que también es una orden del comisario...

—Desde luego... ¿Dónde irás tú ahora?...

—A ahogar mi amargura en el alcohol.

—No seas tonto... Prefiero que te vayas a casa.

—¿Por qué?

—Porque hay muchas rubias en los locales que tú acostumbras a frecuentar.

Alain le pasó un brazo por los hombros y, mientras la atraía hacia sí, dijo:

—Este año me gustan las científicas...

La besó en la boca.

Ella lo apartó poniéndole las manos en el pecho.

—Eh, ¿qué te pasa? —dijo él—. Apenas empecé...

—Fue el postre.

—¿Y qué hay del segundo plato?...

—Ahí va —dijo Catherine y lo besó en la nariz.

Luego, aprovechando que Alain la había soltado, abrió la portezuela y saltó fuera.

—Espera, Catherine...

—Lláname por teléfono más tarde —dijo ella y entró en su casa.

Catherine estaba fumando un cigarrillo junto a la ventana.

La tormenta estaba descargando sobre París.

El agua caía como un diluvio.

A través de la lluvia, podía ver al inspector Clancier junto al farol, y un poco más allá a otro policía que no conocía.

De pronto sonó el teléfono.

La joven se volvió soltando un grito.

El teléfono seguía sonando.

Catherine echó a andar hacia la mesa y atrapó el micro.

—¿Sí?...

De la otra parte solo le llegó el sonido de una respiración.

—Oiga, ¿quién está ahí?...

Tampoco le llegó una respuesta.

Catherine esperó unos segundos, expectante.

De pronto se produjo un chasquido.

Habían colgado a la otra parte.

Catherine sintió que se había quedado fría, como un pedazo de hielo.

Rápidamente, marcó el número de la policía.

—Por favor, con el comisario Hougron...

—Soy yo.

—Comisario Hougron... El acaba de llamar... ¡El estrangulador!

—Cálmese, y cuéntenme todo.

—No puedo decirle nada... Sonó el timbre, cogí el auricular, pero nadie me respondió... Él estaba a la otra parte, en silencio...

—La quiere poner nerviosa.

—Pues ya lo ha conseguido.

—Serénese, doctora.

—Comisario, creo que no lo voy a poder resistir... Esto es mucho peor de lo que yo imaginaba.

Hougron no contestó al pronto.

—Eh, señor Hougron, ¿está ahí?

—Sí, señorita Vanel... Estaba pensando que variaré un poco el plan.

—¿A qué se refiere?

—A que yo estaré con usted...

—¿Aquí, en mi apartamento?

—Desde luego.

—¿Cuándo vendrá?

—Enseguida me pongo en camino...

—Está bien, comisario. Lo espero.

La joven dejó el auricular en la horquilla.

Mientras tanto, el cigarrillo se había consumido en el cenicero.

Fue a encender otro, pero decidió tomar una taza de café.

Al cabo de un rato, regresó a la ventana.

El inspector Clancier continuaba junto al farol.

En aquel momento, apareció el comisario con un paraguas. Se detuvo ante Clancier. Hizo una señal y el otro policía fue hacia ellos.

El comisario dijo algo y los dos inspectores sacudieron la cabeza.

Luego Hougron hizo un saludo y fue hacia la casa. Catherine acudió junto a la puerta y esperó.

Oyó el ascensor que subía.

Las puertas se abrieron.

Ya estaba allí el comisario.

Oyó sus pasos que se acercaban a la puerta.

Enseguida, sonó el timbre.

—¿Quién es? —preguntó no obstante la joven.

—Comisario Hougron.

Sí, era su voz, pero observó por la mirilla. Sí, era él. Entonces, despasó el cerrojo y abrió la puerta.

El comisario soltó un gruñido y dijo:

—Una noche de perros... ¿Dónde le dejo el paraguas?

Catherine le señaló el paragüero.

—¿Tomará una taza de café, comisario? Lo acabo de hacer.

—Sí, muchas gracias.

La joven fue a la cocina mientras su visitante ocupaba un sillón.

Ella regresó al cabo de un rato con dos tazas.

Estuvo a punto de dar un grito al ver que en el *living* no había nadie.

—¡Comisario!...

Se abrió la puerta del dormitorio y vio a Hougron en el hueco.

—Estaba registrando, doctora.

La joven forzó una sonrisa.

—Oh, sí...

—¿Sigue nerviosa a pesar de todo?

—Sí, comisario, lo estoy.

—Pero ahora la acompaño yo... Debe controlarse.

—Es lo que me estoy diciendo desde hace un buen rato...

¿Cuántos terrones, comisario?

—Dos.

Catherine estaba moviendo el café de su taza cuando se dio cuenta de que el comisario todavía no se había acercado a la mesa.

Él la estaba mirando fijamente.

—¿Qué le pasa, señor Hougron?

—Es usted muy bella.

—Gracias —dijo Catherine sintiéndose incómoda porque el rostro de Hougron era muy grave—. ¿No toma su café? Se le va a enfriar...

Hougron echó a andar hacia la mesa.

Tomó la taza y bebió su contenido de una sola vez.

Catherine tomó un cigarrillo del paquete.

—¿Me da uno? —preguntó el comisario.

—Pero usted no fuma.

—No, pero tengo ganas de fumar ahora.

Catherine le alargó el paquete y Hougron tomó uno de los cigarrillos.

Luego, Catherine hizo brotar la llama de su encendedor y prendió su cigarrillo.

A continuación, lo alargó hacia Hougron que tenía el cigarrillo en los labios.

Hougron dio una chupada.

La joven fue a retirar la mano con el encendedor pero el comisario la tomó por la muñeca.

—Ya encendió, comisario —dijo Catherine creyendo que Hougron no se había dado cuenta de ello.

Entonces, ocurrió lo insólito.

Hougron atrajo el encendedor hacia su cara, sin soltar la mano de Catherine.

—Cuidado, se va a quemar —dijo Catherine.

Vio horrorizada cómo la llama del encendedor prendía en la cara del comisario, en la mejilla derecha, en el pómulos...

La cara de Hougron empezó a derretirse.

Era como cera.

Catherine tenía las cuerdas vocales paralizadas.

Hougron, o quienquiera que fuese, seguía arrojando la llama del encendedor a su rostro, que se deshacía, que goteaba, cayendo los

restos de la barbilla al suelo.

Y tras aquel primer rostro Catherine vio otro lleno de arrugas.
Aquel hombre era el monstruo... El estrangulador.

CAPÍTULO XV

Catherine dio un tirón para desasirse de la mano que aferraba su muñeca. Pero no consiguió su objetivo.

—Estese quieta —habló aquella boca que se estaba deshaciendo por efectos del fuego.

—¿Quién es usted?

—¿No lo sabes, Catherine?

—No.

—Muy pronto lo vas a saber.

—Su otra cara no me dice nada.

—Tengo muchas caras... Pero de la misma forma que he acabado con una, puedo terminar con otra.

—¿Qué quiere decir?

—Lo vas a ver ahora mismo... Sólo has de tener un poco de paciencia...

La cara del comisario Hougron ya había desaparecido.

Catherine tenía ante sus ojos el horrible rostro que ya conocía.

—¿Qué ha hecho del comisario Hougron?

—Lo golpeé en la cabeza cuando salió del ascensor...

—¿Cómo supo usted que venía?

—Yo estaba detrás de esa puerta escuchándote cuando hablaste con él por teléfono.

—¿Cómo ha podido entrar y salir de la casa a pesar de la vigilancia?

—Por lo visto has olvidado mi agilidad. Puedo trepar, saltar, subir por dónde quiera... Mis manos y mis piernas son muy ágiles... Tan ágiles como las de los cuadrumanos. Pero no nos apartemos de la cuestión principal. ¿Quieres ver mi cara, la verdadera...?

La joven levantó la barbilla.

—Sí, quiero verla.

—Muy bien, ahora sabrás quién soy.

El estrangulador había tenido apartado de su cara el encendedor mientras pronunciaba sus últimas palabras. Pero ahora lo acercó de nuevo a sus arrugas.

Lo mismo que había ocurrido con la cara de Hougron, aquella otra empezó a derretirse.

Catherine asistía a la escena mientras pensaba quién la podría librar de aquel loco. Daba por seguro que la policía no llegaría a tiempo.

La máscara del horror se continuaba deshaciendo.

Poco a poco, fueron apareciendo unos rasgos que Catherine empezaba a identificar.

—¡Doctor Monjou!

Su colega no dijo nada porque la llama del encendedor seguía haciendo su trabajo.

Por fin, el rostro del doctor Monjou quedó limpio.

—Doctor, ¿cómo ha conseguido eso?

—He descubierto un nuevo tejido, una simple reproducción de células. Me costó mucho tiempo.

—Pero ¿por qué mató a esas mujeres?...

—Una de ellas ocasionó mi ruina... Me enamoré de una de esas perdidas, y ella no me correspondió, prefirió a un hombre vulgar... Yo le supliqué, le lloré de rodillas que la necesitaba. ¿Se da cuenta, doctora Vanel? Yo, el mayor hombre de ciencia del siglo, me habría contentado con el amor de una prostituta y ni siquiera eso tuve...

—Catherine ya no tenía ninguna duda de que aquel hombre estaba loco.

—Y luego, me enamoré de ti... No te diste cuenta, ¿verdad, Catherine?

—No, en absoluto.

—Te voy a matar...

—No, doctor Monjou.

—Sí, pequeña, te he de matar porque te has comportado como aquella ramera.

—¡Pero usted no me dijo nada!

—Debiste sentirlo...

La joven fue a gritar pero Monjou tiró de ella y la atrapó por el cuello.

—Silencio, Catherine.

La doctora contuvo su grito porque, de lo contrario, aquel hombre la habría matado instantáneamente.

Alfred Monjou sonrió. Sobre su rostro conservaba algunas huellas de la última máscara, la más horrible de todas.

—Tienes que morir, preciosa... Pero estarás muy tranquila cuando mueras. Será el gran descanso para ti.

Catherine desorbitó los ojos.

De pronto, más allá del doctor Monjou vio aparecer a Alain Duby.

El periodista tomó a Monjou por el hombro y tiró con fuerza.

El doctor dejó a Catherine y se volvió lanzando un rugido.

Quiso hacer frente a Alain, pero éste le soltó un puñetazo en la cabeza.

Monjou rodó por el suelo.

En aquel momento golpearon en la puerta.

—¡Abran!... —gritó la voz del comisario Hougron—. ¡Abran!...

Catherine corrió para hacerlo.

El comisario y los dos inspectores irrumpieron en la estancia.

El doctor Monjou y Alain Duby rodaban por el suelo enzarzados en una terrible lucha.

Los inspectores atraparon a Monjou por los brazos.

—¡Suéltlenme!... ¡Yo soy el más grande sabio que ha tenido el mundo!... ¡Lo soy!... ¡Soy un genio!... ¡Tienen que soltarme!... ¡Tengo derecho sobre la vida de todos mis semejantes!...

El inspector Clancier esposó al doctor Monjou.

Catherine se echó en brazos de Alain y éste la apretó con toda su fuerza contra sí.

—Yo también decidí entrar por la ventana —dijo Alain.

Los dos inspectores estaban reduciendo al doctor Monjou, el cual poco a poco se estaba calmando.

—Llévenselo —dijo el comisario Hougron.

El doctor Monjou salió con los policías.

Cuando el comisario dirigió la mirada a los dos jóvenes, éstos se estaban besando.

Entonces, se encaminó hacia la puerta mientras decía:

—Recuerden que era una farsa.

Se volvió en el umbral y entonces Catherine dijo:

—Comisario, ¿quiere ser testigo verdadero de una auténtica

ceremonia conyugal?

—Sí, quiero —contestó Hougron sonriendo, y salió del apartamento.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

